

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 405.



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ A BORDO DEL AIGLE.

SUMARIO.

El emperador y la emperatriz á bordo del *Aigle*; grabado. — Excursion ó visita á las islas de Titicaca y Coati. — Viaje del emperador; grabados. — Revista de París. — Se despide para el otro mundo. — Varada en Marsella de la *Provence*; grabado. — Plaza de San Luis en Marsella; grabado. — Palacio imperial de Niza; grabado. — SS. MM. por el paseo del Castillo de Niza; grabado. — El palacio Borelly en Marsella; grabado. — Entrada de SS. MM. en Niza; grabado. — Llegada de SS. MM. á lo alto del paseo del Castillo de Niza; grabado. — Una historia inglesa. — Sucesos de Nápoles; grabados. — La estatua de Nuestra Señora de Francia en el Puy; grabados. — Cristóbal Colón y la Universidad de Salamanca. — Boletín científico. — La duquesa de Alba; grabado. — El príncipe San Cataldo; grabado. — Liborio Romano; grabado.

EXCURSION O VISITA

A LAS ISLAS DE TITICACA Y COATI

EN LA COMPRENSION DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA, DEPARTAMENTO DE LA PAZ, EN BOLIVIA. — 1858.

(Continuacion.)

Sobre la primera fila, que sale como una cuarta de la pared, sigue la otra saliendo gradualmente y así las demás, hasta que aproximándose ya estas cuatro cornisas (las piezas son exactamente cuadradas) se juntan con otras piedras grandes, que sirven como de llave y cierran la bóveda. Es preciso ver la trabazon y consistencia de estas piedras con solo barro comun (los Incas no conocieron la cal), para formarse una idea de la audacia del arquitecto, si es que el mismo Manco-Capac no fuese el ingenioso inventor.

Sobre esas bóvedas tan sólidas hay otras piezas correspondientes, que serian sin duda las habitaciones del monarca, ó de las personas principales que residiesen allí. La parte exterior de esta casa, en lo existente, no tiene una sola ventana: se supone que para la luz y la ventilacion habria algunas en las piezas del piso alto por la parte del interior ó del patio, que habia en el centro del edificio. Lo que en el exterior aparece como ventanitas, no son mas que una especie de cuadros cóncavos, que podriamos llamar ventanas figuradas. Pero entre puerta y puerta hay unos claros, iguales á las aspilleras de nuestras murallas; que servirian para recibir un poco de luz, para observar el lago, y quizá para disparar algunas flechas. Contiguo al mismo edificio seguian otras piezas, que podrian haber servido de cárcel ó de cocina; así como las piezas bajas de las bóvedas servirian de cuartel ó como de cuerpos de guardia. Por la parte superior, que está junta é igual al cerro, hay tambien restos de unas piezas pequeñas, que pueden considerarse como garitas para los centinelas de las puertas principales de las habitaciones altas, que por ese lado no tienen grada alguna, por estar al nivel del terreno. Por aquí tambien entramos nosotros á reconocer el edificio, que causa lástima por el deterioro en que va cayendo; pues la maleza lo va desmoronando por arriba sin piedad, el ganado cerdoso hozando el cimientito con furor, las ruinas oprimiendo las bóvedas, de modo que dos están hundidas ya, y las otras no tardarán á hundirse por no haber quien piense en remover tantos enemigos de su conservacion.

Tal es el primer edificio que del Inca vimos en Titicaca. Tiene mas de veinte varas cuadradas. Es lástima que nada se haga por conservarlo mejor, y siento no poderlo describir mas exactamente, pues no soy arqueógrafo, sino un pobre curioso.

A los sesenta pasos de este palacio en ruinas, al lado derecho, hay sobre un terreno inclinado hácia la laguna muy buenos techos de unas paredes que eran precisamente la cerca de un jardín, que aun cuando poco se pareciese al de Versailles ó de Aranjuez, era sin embargo un jardín regio que todavía conserva su gran fachada de ocho puertas de frente, dos de ellas patentes para la entrada y las otras seis solamente figuradas y tapiadas desde su construccion. A la espalda de tan magnífico frontispicio, esto es, á la parte superior del jardín habia un pequeño caserío con su altillo y ventana, que debia servir de mirador sobre el jardín y el lago. A pesar de la belleza rústica que conserva este parque real, no me atreví á diseñarlo por la excesiva exuberancia de maleza que lo sofoca y que lo está aruinando á toda prisá. Los escombros y piedras arruinadas llenan ya la plazuela que delante la fachada habia, sostenida por un fornido andén, que no me atrevo á llamar plataforma; si bien habrá algunas plataformas cuyas murallas no tendrán la solidez é igualdad de ese ultrajado andén del jardín ó granja manco-capac.

Y realmente admira la simétrica colocacion de las piedras brutas en esos murallones terraplenados, con que los incas hicieron productivos esos terrenos incultos, que en su tiempo si no fueron huertas, no se puede dudar que serian chacaras ó campos de sembradío. El ánimo se complace al ver aprovechado con esos lindos andenes un largo trecho ó todo el faldío de ese lado de la isla; pues lo largo y elevado de algunos de ellos demandaba inteligencia, muchos brazos y un trabajo impropio, que ahora nos aturdiria si tuviésemos que emprenderlo sin mas objeto ni utilidad que el aprovechar unas cortas fanegadas de tierra, cuando el terreno sobraba. Lo cierto es que los mas opulentos propietarios no han hecho ni harán jamás en estas latitudes una cosa parecida; y dudo mucho que los construidos por el general Córdoba en su chacarilla de la Paz lle-

guen á tener la consistencia y duracion que estos de Titicaca.

Después de vistos y admirados estos primeros vestigios del poder y del gusto de los incas, montamos á caballo, desviándonos un poco del camino principal para ver la admirable pila ó fuente de Manco Capac. Al describirla se queda uno atontado al ver en esa elevacion de una isla la abundancia de agua que corre por tres caños copiosos, la vegetacion lozana que sombreá al manantial, los tablones frondosos que (formados tambien por andenes antiguos) riegan y fecundizan esa agua perenne, la mas ajustada union de las piedras sin labrar de la fuente que aun se conservan intactas, las dos piedras cuadradas que aseguran los indios ser las mismas donde se sentaban el emperador y su esposa: todo ese conjunto de recuerdos, de frondosidad y de temperamento, protesto que me encantó. La imaginacion me representó naturalmente la fuente Castalia, el tan ponderado valle de Tempé y aquel bosquecillo con su arroyito, donde el piadoso Numa meditara con su inspirada ninfa las leyes que amansar debian al pueblo lobuno. Algunos se reirán de la comparacion, porque no saben lo que afectan el ánimo esas impresiones de lo antiguo y misterioso, y fingen ignorar lo que vale para los pueblos aquella época feliz en que con genio algo misterioso tambien los hace salir de la barbarie á la civilizacion, ó para explicarme con una frase moderna, lo que forma la transicion de los tiempos fabulosos y de tinieblas á los tiempos históricos y positivos. Lo cierto es que mi compañero de viaje, el señor Toro, lejos de reirse de mi comparacion, que juzgaba exacta (como la juzgará el que no se haya formado una idea salvaje de los incas), se entusiasmaba mas que yo, y no sabia á qué comparar la habilidad y gusto de aquellos Pompilios guechuas en escoger para sus pláticas un lugar tan ameno, tan propio para la meditacion y el recreo del alma. El se desahacia en elogios al considerar que la naturaleza, tan avara y estéril de verdor en esta elevadísima mesa de los siempre nevados Andes, fuese en ese rincon de una isla árida, tan lozana y excepcional, y que al apacible murmullo de ese manantial cristalino se hubiesen concebido aquellas leyes justas que de pueblos casi ferinos debian formar un grande imperio, mas ajustado y menos devastador que el de Rómulo.

Los asientos nos gustaron por su naturalidad; y así como Fray Gerundio en sus viajes por allá se antojó sentarse en el trono del rey de los franceses, así nosotros nos sentamos con me los zozobra y mas placer que él en estos semitronos de piedra de los monarcas peruanos. Bebimos á satisfaccion aquella agua tan tersa que refrigerara sus fauces reales, aplicando sin cumplimiento nuestros pobres labios en aquellos caños medio canales, donde él y su régia consorte aplicarían los suyos. Así sentados filosofamos un rato, como era regular, sobre su modo de gobernar, ó como se dice ahora, sobre su sistema de gobierno, apoyado admirablemente en los principios de la ley natural, aplicada con menos desacierto y mas cordura que en algunos pueblos cultos de la antigüedad pagana. Aquí el robo no se reputaba una industria como en Lacedemonia, ni se hacian adorar dioses adúlteros como á Júpiter y Marte, sino que se castigaba ejemplarmente al adulterio, ni se sacrificaban victimas humanas á Neptuno y á Saturno como en sus aras de Tiro y de Cartago, sino frutas y animales apacibles en las aras del sol y de la luna, y se enseñaba que todos los delitos eran crímenes contra la divinidad. ¡Qué dogma tan luminoso! Bastaba él solo para sostener con Acosta, que los incas fueron superiores á los legisladores griegos y romanos en sus instituciones. Ellos, esos reyes bárbaros, dice Cantú, compadeciendo á los necios que así los tratan, y cuyo capítulo VIII del libro 22 — *Perú* — es preciso leer para convencerse del grado de civilizacion en que se hallaban estos pueblos; ellos hallaron el secreto de estimular la virtud premiándola con obsequios de manos de personas ilustres, cuidaban de la orfandad, de la desgracia y de la vejez desvalida por medio de almagenes públicos; atendian á cuantos no podian trabajar, al paso que castigaban á los ociosos; se velaba sobre toda clase de vicios, y se les imponia pena; el juez que explicaba mal la ley sufría á veces la muerte; la obediencia á la ley era sagrada, la sumision instintiva. Parece que uno está viendo la austera constitucion de Licurgo dictada para los fieros espartanos, cuya obediencia ciega y la mas estricta disciplina formaron la base de sus costumbres públicas y la respetabilidad de la república. «Sinchi-Roca, el hijo mayor de Manco-Capaz, dió al país la organizacion política y emprendió la conquista de los países vecinos, no como guerrero, sino como el antiguo Baco, ó como los misioneros modernos, civilizando. La mansedumbre respira en todos los actos de los peruanos, hasta en sus guerras, emprendidas para civilizar á los vencidos y aumentar el número de los adoradores del sol.» Colón, al conquistar este nuevo mundo quiso hacerlo así, pero no pudo.

Pues sentados en aquellos sitios augustos íbamos recordando todo eso, y comparando á estos oscuros monarcas con los turbulentos conquistadores del Asia, de Europa y de América, á quienes tanto ha idolatrado la fementida lisonja. Alejandro y César, Pizarro y Napoleon, Mahoma y los gobernadores de la compañía inglesa de la India, hubieran sido mas dignos de la gratitud de los hombres, si en vez de la esclavitud, de la devastacion y de los regueros de sangre con que mancharon sus victorias, hubiesen estado animados de los principios de justicia y de filantropía del supuesto hijo del sol. Algunos no creerán en él tanta moderacion y

humanidad; pero la historia y la tradicion están contestes en este punto; y así como me recreaba en mirar cómo el agua de su fuente regaba tranquilamente los terrenos adyacentes, así me deleitaba al considerar que esas ideas humanitarias y esas empresas de civilizacion y de paz allí se concebirían, y de allí se esparcirían por aquella dilatada monarquía, después tan impiamente destrozada. Sin embargo, consolador es creer que Dios hizo aparecer entonces esa dinastía para sacar de la barbarie á tantos millares de salvajes, y prepararlos de este modo á otra civilizacion mas alta, como las legiones romanas abrieron el camino á los anunciantes del Evangelio. El Soberano Criador no todo lo hace de golpe, primero cria la luz, después el sol y los astros resplandecientes. La aparicion del Inca y su legislacion fué siempre como una luz que empezaba á disipar el caos, y preparara los espíritus á los fulgores de la fe. Las repúblicas que de sus destrozados dominios se han formado son las mas opulentas y católicas de esta parte del nuevo mundo.

Mientras yo me detuve en bosquejar esa fuente que tanto baturrillo de recuerdos y de ideas exóticas hacia surgir en mi mente, el señor Toro y demás compañeros se habian bajado por los terraplenes que regados por el manantial forman unas lindas huertas, que entonces por ser primavera estaban sus plantas en lozana eflorescencia, principalmente la llamada jardín, y no sin razon, pues estaba hecha un bosque de flores de diferentes especies y matices de exquisita fragancia. Tanta era su belleza, que mis compañeros se habian engalanado los sombreros, á mas de los agraciados ramilletes que les alcanzaron los indios para obsequiarlos. Así es que tuve una agradable sorpresa cuando al irme á reunir los ví tan jovialmente adornados, y se me ocurrió la especie de que así y aun mucho mejor se veria obsequiado y adornado el Inca cuando rodeado de sus Curacas y cortesanas viniese á solazarse por estos bosquecillos, que para él serian mas suaves y menos corruptores que para los reyes de Granada eran los céspedes de arrayan y de jazmin que rodeaban la Alhambra. Luego que llegué á la comitiva, me tomaron el sombrero, me lo enramilletaron como unos abencerrajes, y siguiéndoles el humor volvimos á montar nuestros caballitos, que nada de árabes tenian, para continuar nuestra expedicion, que mas parecia entonces la comitiva de los novios de Camacho, que la de unos viajeros serios al templo de Febo. Pero era preciso andar así para no disgustar á los indios, que hubiesen tomado á desaire otra conducta.

III.

LLEGADA Á CHALLA, LETANIAS. — TEMPLO DEL SOL, PALACIO DE LAS DONCELLAS.

Seguimos pues así nuestra marcha, y de paso encontramos una capilla de San Antonio, perteneciente á la hacienda de Yumani ó Patallacta. No quisimos pasar sin saludar á tan gran santo, pidiéndole ya desde entonces buen tiempo para la salida de aquella Delos. Apenas caminamos una legua ya salieron á recibirnos los indios de la finca de Challa, la principal de la isla, que quisieron solemnizar nuestra llegada como la de sus propios señores ó la de unos interesantes personajes; pues de trecho en trecho pusieron en el camino varios arcos formados con piezas de bayeta y de guimon de diferentes colores, con ramas verdes, flores, banderitas de pañuelos, espejos, cucharas de plata, galones de oro y con otros chichibaches de su mayor lujo y estimacion, cuyo conjunto no deja de ser vistoso y elegante, principalmente con los relumbrones que despiden los espejitos cuando los hiere el sol. Pues por debajo de esos arcos, poco parecidos al de la Estrella ni al de Tito, nos hicieron pasar aquellos buenos isleños, rodeándonos, en vez de la guardia imperial y de pretorianos, de bailes con sus tambores y sus *guenas*, flautas de caña, adornados sus sombreros con plumas de avestruz, de loro, de pariguanas y de otros pájaros indígenas, y con su espejo al medio por el estilo prosaico de los arcos. Costumbres inocentes que creo anteriores á la conquista, y es probable que las conservarán algunos siglos mas.

En medio de ese cortejo triunfal llegamos á la casa de hacienda donde se nos esperaba con un magnífico *pranso* ó *diné*, como dicen los italianos y franceses, y cuya palabra correspondiente al *prandium* latino no han hallado ni adoptado hasta ahora los académicos españoles. Lo cierto es que merendamos y cenamos perfectamente, pues el tal *pranso* ó comida pudo llamarse merienda y cena por sus platos y su hora. Concluimos al anochecer y fuimos á la capilla, cuyos patronos son Santa Ana y Santiago; ya se habia reunido mucha gente al repique de sus rajadas campanitas, sabiendo que nosotros estábamos allí. Para satisfacer la devocion de unos particulares cantamos unas visperas no tan divinamente como los cantores de Roma, pero en su lugar nos acompañó un regular violinista, que si no era Paganini ni Parroquet siquiera, tampoco chirriaba tan infinitamente mal. Mas donde él se lució y desplegó todo su talento, fué en los cochos, versitos devotos, y principalmente en la letanía que después del santo rosario cantó en lengua aymará, alternando con la concurrencia de un modo verdaderamente patético. En varias partes de Europa y especialmente en Italia, la tierra clásica de la música y de las filomenas, suelen cantarse letanias muy lindas, alternando el pueblo, naturalmente cantor. Pero esta, cantada acá

por estos incultos isleños é isleñas que nada tienen de ruiseñores, en una capilla rural situada en medio de la laguna mas famosa de esta América y quizás la mas elevada del globo, en un idioma tan tierno y expresivo, y en un tono tan sentimental y devoto, mezclado de suspiros y lágrimas, confieso que me conmovió, y exclamé en mi corazón: ¡ Ah! si ahora Manco-Capac se apareciera aquí, aquí donde él levantó un ídolo solar, y viese ahora á sus antiguos vasallos postrados al rededor de la purísima Madre del Eterno Sol de justicia, oyéndolos desahogar sus corazones en tan dulces alabanzas, no dudo que se postraría también ante su altar, rendido como ellos, y la adoraría reverente como á la Madre sin mancha de aquel Criador soberano á quien ellos invocan *Mater Creatoris*, y á quien él sin conocerlo creía superior al sol y á todo lo visible, llamándole Pachacamac, que quizás en su mente quiso expresar lo mismo que Octaviano Augusto cuando al lado del Capitolio erigió una ara con esta inscripción: *Deo vero*.

Después que nos retiramos, siguieron los indios cantando y bailando hasta alta noche, metiendo bulla con sus flautas y sus cajas en diversas tonadas, por lo comun pausadas y graves, monótonas y tristes, como su carácter. Al día siguiente, después de ver unos enfermos, decir misa y almorzar, montamos nuestros corcelitos nada andaluces, pero bastante valientes para la expedición de aquel día, que debíamos ver el principal objeto de nuestra curiosidad.

Subimos primero por entre árboles y terrenos cultivados una cuestecita de una milla regular: llegamos á una colina dilatada en cuya planicie construyó el sabio Inca ese edificio, que segun los geólogos fué en Sud-América el primer templo dedicado al sol. Nos apeamos para reconocerlo con detención. Pero lejos de causarnos admiración, nos dió lástima, no solo por el lamentable estado de ruina en que se halla, sino por su pequeñez y raquítica construcción. Voy á describirlo con la pluma, así como le diseñé con el lápiz; pero dudo que de ningun modo quede satisfecha la idea favorable y quizás grandiosa que alguno podría haberse formado, principalmente los que hayan visto ó hayan oído hablar del gran templo del Cuzco, tan pomposamente descrito por Garcilaso. La pequeñez y la ninguna magnificencia de este hace creer que realmente este fué el primer templo levantado al numen nacional, al dar el primer paso del salvajismo á la vida social, pues la infancia de las sociedades se marca, como la de los individuos, por sus obras toscas y pequeñas. ¿O quizás el Inca, mas piadoso que Eneas, tuviera mas empeño, mas grandiosidad de ideas y mas solidez en el arte cuando edificaba sus casas ó palacios, que cuando erigia templos á su divino Padre? No es creíble. Si bien que los sabios y opulentos reyes de Europa, lo mismo que los ricos y muy ilustrados presidentes del nuevo y del viejo mundo, despliegan mas gusto y esplendor en las fábricas de sus palacios que en las casas de Dios.

Pero ¡vaya! no critiquemos á esos prójimos tan grandes y describamos nuestro templo. El está de frente al Oriente, con seis aberturas, que indudablemente eran seis puertas: su forma es un paralelogramo bastante regular de cuarenta y dos varas de largo y mas de diez de ancho con corta diferencia. Entre puerta y puerta hay otras aberturas menores, como ventanas, de poco mas de media vara de ancho, con el objeto probablemente de que al salir el sol se entrase por mil partes á esa mansión consagrada á él, ó para que sus adoradores pudiesen verlo desde adentro al brincar sus primeros rayos sobre las nieves eternas del majestuoso Sorata. En el estado de eclipse y oscuridad en que han quedado estas gentes sobre las cosas de sus antepasados, no pudimos averiguar si el culto ó adoración á su dios deslumbrador se lo tributaban adentro como en las pagodas chinas, ó bien desde afuera como en los pequeños fanos latinos. Me inclino á creer lo primero; porque si bien en el interior ahora no se descubre rastro de ara ni altar, ni cosa parecida, pudiera ser que se hubiese destruido ó la hubiesen arrasado de intento para quitar á estos infelices la ocasión de idolatrar, á que son tan propensos como los israelitas, como de los de Méjico lo observa el llmo. Moxó. En los extremos ó paredes laterales del templo se ven unos nichos que serian para sus lares ó penates, ó cuando menos unas alacenas para acomodar las cosas necesarias al culto, que por ahí puede inferirse era interior. En esas paredes de los nichos se conservan todavía el revoque de barro bastante fino y bien enlucido; pero en las demás paredes solo se ve la piedra tosca bien colocada con barro gredoso y muy descarnada, sin señal de que hubiesen sido revocadas.

En la parte de arriba ó parte de la falda del cerro, existe todavía una cerca de piedra que custodiaba el bosque sagrado, del cual apenas se pueden conocer dos ó tres colles del tiempo gentilicio; los demás son visiblemente plantaciones modernas, que no tienen de mucho ni un siglo de existencia. Sirven sin embargo para conservar la idea de ese lugar memorable, que se merecería ya que no un respeto religioso, siguiera un respeto artístico, como el que Roma cristiana tiene con el templo de la Paz y de Vesta y demás monumentos del paganismo. Pero dá grima el ver que á mas de la indolencia de las personas, los animales, las intemperies y la maleza han tomado de su cuenta la destrucción de los pocos restos de este edificio que no tardará mucho en ser un monton de escombros inconocibles. Inútilmente vendrán después los examinadores de antigüedades, pues aquí no hay zodiacos, ni

lápidas, inscripciones ni signos que revelen lo que fué: todo son piedras brutas, que si colocadas fueron con alguna inteligencia, derruidas se acabarán de embrutecer y no revelarán mas al dios que pertenecieron, peor que la ara del Areopago: *ignoto Deo*. Aun ahora ya es absolutamente imposible calcular la época en que tal templo se construyó; si es el primitivo erigido por el Inca, como dice la fama, ó por alguno de sus sucesores, ó refaccionado posteriormente, como parece mas verosímil.

Delante de este templo en ruina, sobre una colina oriental se ven unas murallas derruidas con puertas anchas, algunas con dinteles de una pieza de piedras grandes regularmente encuadradas. Por el suelo hay muchas de ese mismo tamaño y esmerado labor, principalmente una que tiene como cuatro varas de largo, como dos de ancho y una de grosor. No se sabe si son ruinas de dicho edificio, ó preparativos para otro nuevo. El demolido, que está frente por frente del templo formando una plaza en medio, serviría seguramente como de colegio, esto es, seria la casa donde vivirían los sacerdotes encargados del templo. Y claro está que fué de mejor construcción que este, aun cuando está ahora mas arruinado. No pude sacar un bosquejo, porque la maleza y el pajonal la sofocan; y es de temer que dentro poco el arado y la chonta del colono acabarán de desaparecer lo que el tiempo medio respetaba.

Con esta triste reflexion y poco satisfechos de la oscuridad histórica, de tales ruinas, que no son ciertamente tan estupendas ni tan bien conservadas como las de Balbeck, seguimos la marcha para el palacio, llamado en el país de las Doncellas. Para llegar á él tuvimos que subir todo el lomo de la cordillerita que forma la isla, y trastornar enteramente al Oeste. En el camino se pasa por una ladera de piedras grandes escamadas ó descascaradas en sus primeras capas; y como algunos de estos descascaros tienen la figura algo parecida á la pisada de un gigante, dicen los indios que esas son las huellas ó plantas del Inca, que aun cuando hubiese sido un inglés descomunal de raza germánica, no era ciertamente un Titan. Así son los pueblos idiotas, no saben daros una razon de lo principal y positivo de sus héroes, y se aferran en creer ridiculeces absurdas á falta de cosas verídicas, como hacen con el zancarron del profeta los peregrinos islamitas de la Meca. Nos reimos pues de tan necia credulidad, y seguimos la marcha.

Andando de allí como una larga milla llegamos á unos paredones desmoronados. Nos apeamos: eran los restos del palacio ó casa de aquellas doncellas, sacerdotisas del sol y de la luna que cuidaban del fuego sagrado y del aseo del templo, cual las castas Vestales de Roma y de Atenas velaban las aras de Diana y de Minerva. ¡Cosa admirable! los incas, igualmente que los gimnosofistas de la India, los bramines de la China, los filósofos del Areopago, los legisladores del Capitolio, los tlultecas de Méjico, tan distantes é incomunicados en ideas y teogonías, todos sin embargo creían que la virginidad era la virtud mas grata á los dioses, pues la exigían de las personas que se consagraban á su culto inmediato, y todos han instituido á su modo castas vestales que los pueblos mas inconcitos acataban. Solo nuestros sensuales reformadores han blasfemado de tan pura institucion en el cristianismo, y si pudiesen exterminarian de un solo golpe, como Calígula la cabeza del género humano, esos coros sagrados de castas vírgenes, esposas de Jesucristo, que componen la porción mas selecta de la grey predestinada, y son las flores mas puras del jardín de la Iglesia santa. Ellos se reirán de mi digresion, como á su tiempo se reirían satánicamente al ver que sus ideas sacrílegas dispersaban en Europa aquellas cándidas palomas y las sagradas piedras del santuario donde se anidaban. Pero yo al contrario, sin ser tan entusiasta de las instituciones gentílicas, pero justo apreciador de lo bueno en cualquier parte que se halle, sentí no sé qué pena al ver tan derruido aquel edificio, que en aquellos tiempos de indómito naturalismo quizás era el único asilo de la inocencia y de la virtud.

Para minorar mi pena me di una vuelta por las ruinas buscando un punto aparente que me las dejase ver con expansion y con una perspectiva menos desolada que la que presentan por la parte superior que da al camino, de donde se ven unos paredones solos y mutilados, sin mas cosa notable que unos huecos ó nichos grandes del tamaño de un hombre grande, y cuyo objeto se ignora. Pudieran ser como garitas para centinelas de aquella casa sagrada, ó para penitenciados; ó quizás las mismas doncellas se colocaban allí para hacer sus labores ó dirigir sus preces al sol cuando no bajaban al templo, pues los tales nichos están igualmente distantes unos de otros y de cara al Oriente. Pero todo eso no son mas que conjeturas, que ni siquiera estaban en la tradicion local, puesto que los mismos isleños, á pesar de ser una cosa exterior, ni indicarnos saben una inferencia. Si bien no es extraño, porque ni de lejos podía el vulgo acercarse á este sitio venerando, que hasta el Inca respetaba, sin atreverse á penetrar en su recinto. ¡Tal era la santidad que se consideraba en las reclusas!

Estando pues la parte exterior tan desconocida, rodeé, como decia, el edificio, y me busqué en la parte baja occidental el punto que lo presentase mas despejado en su interior. Esta especie de monasterio era trilateral, pues por el lado de Poniente estaba despejado, y en lugar de habitaciones habia un alto murallon que lo resguardaba y formaba un terrapien igual al patio. Este tenia treinta varas de ancho y muchas mas de

largo sobre un plano inclinado, cuya inclinacion seguian los dos frentes laterales, pues se ve que al construirlo no se cuidaron de igualar el terreno, sino que levantaron las paredes sobre su natural desigualdad, como hacen hasta ahora los indios; ó quizás de intento lo escogieron así, para que el frente superior y principal quedase mas elevado y con mejor vista. ¿Quién podrá adivinar el motivo de esa construcción en declive, que para el piso alto es un gran inconveniente? Solo el constructor nos lo podría decir. Pero lo que se comprende á primera vista, sin que nadie lo diga, es la analogía ó semejanza de esta *Huta-vestal* con los cenobios de las religiosas católicas; y si no está con la perfeccion y regularidad de los monasterios modernos, á lo menos se parece á las Lauras primitivas de las vírgenes cristianas de la Tebaida. Todavía en el lado izquierdo se conserva un lienzo de pared con dos puertas y una ventana, que con las divisiones de piezas ó cuartos separados bien se pueden llamar celdas, como puede decirse que tambien lo eran las habitaciones del lado derecho, que si bien están mas derruidas, conservan todavía patentes sus dimensiones en los grandes cimientos, y principalmente las primeras al entrar, que tambien tenían altos, y es probable que los tuviese todo el edificio, como lo indica la solidez y elevacion de sus paredes y el descanso del piso para bóveda, ó palos en algunos trechos. Del techo no queda vestigio en parte alguna.

El frente principal y superior debió ser una gran pieza de labor ó sala de reunion, pues esa especie de estribos ó machones que tan sólidamente se conservan, tenían otros iguales y paralelos al frente, de los cuales se ven los cimientos arruinados con indicios de algunas puertas. Estas estaban todas construidas como las del primer palacio, de piedras mas naturalmente canteadas, con los dinteles de una sola pieza y otra mas grande y sobresalida encima formando cornisa, que para el nacimiento del arte no deja de ser armonioso y sólido; bien que si la idea es mas natural y obvia que la de un arco, cuya construcción ignoraban, la tal ejecución demandaba ingenio y esfuerzo.

Tal es ahora el convento ó casa de aquellas Doncellas consagradas al culto del sol, cuyo colegio no dudo que fuese el seminario ó plantel primigenio de aquellas «mil quinientas vírgenes» escogidas entre las familias de los incas, como dice Cantú, que vivían como «enclaustradas, sin ver á mas hombres que al emperador, y aun teniendo este cuidado de no presentarse en el venerado recinto. Se ocupaban en trabajar las obras mas finas, preparar los objetos necesarios al culto y mantener el fuego sagrado. Si les acontecia manchar su pureza, eran enterradas vivas, y tanto su familia como la de su cómplice exterminadas.» Otros conventos, sigue el mismo historiador, estaban «diseminados por el reino, y se recibían en ellos doncellas de todas clases, con tal que fuesen hermosas.» ¡Qué delicadeza, qué circunspección! ¡Lástima que tanta virtud fuese consagrada á una falsa aunque brillante divinidad, que no la podía recompensar!

Antes de retirarnos del palacio vimos en una de las piezas laterales un agujero ó abertura subterránea, cubierta de escombros como todo lo demás, donde se cree vulgarmente que se escondieron muchos tesoros del Inca y del templo, aunque hasta hoy ni los propietarios ni los codiciosos, que todo lo revuelven, se han animado á hacer una excavacion formal para extraerlas, por la incertitud del tal escondite y por la dificultad que por sí presenta. Es cierto que en varios lugares de la isla se encuentran vasijas, platos y otros utensilios de barro ó greda muy fina, pintados con colores muy firmes y dibujos muy ingeniosos, por el estilo egipcio. Tambien he visto unos idolitos de plata regularmente cincelados, sacados de sus *chullpas*, que son unos sepulcros gentílicos de barro muy sólido, donde se enterraban los antiguos con sus tesoros y penates, y cuyas momias sentadas en cuclillas suelen hallarse en un estado de disecacion bien conservada. En el museo de la Paz hay varias de esas.

FR. RAFAEL SANS.

(Se concluirá.)

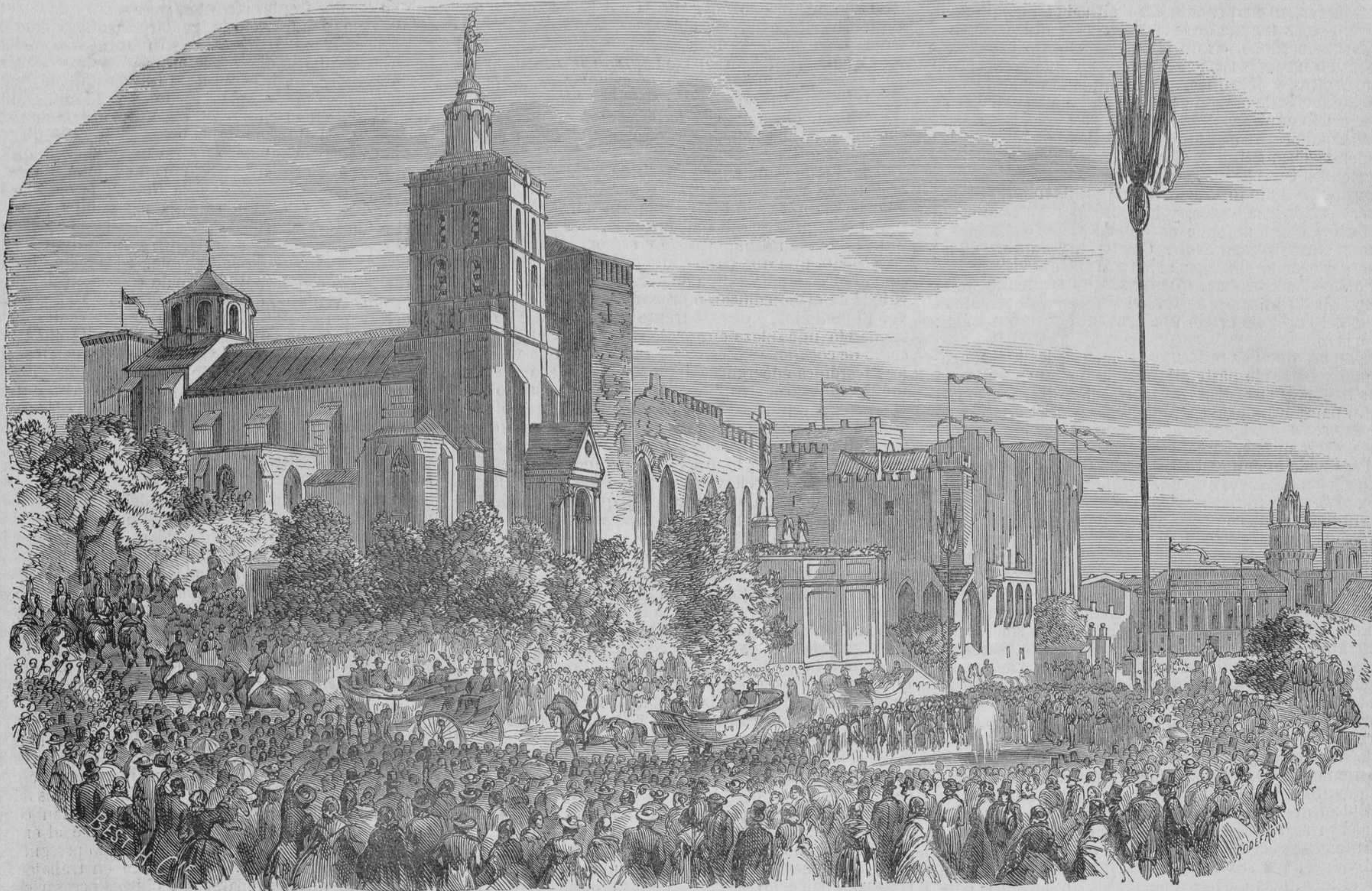
Viaje del emperador.

(Véase el número 403).

Como saben ya nuestros lectores, el 11 á las diez de la noche, el emperador y la emperatriz salían de Tolon y se embarcaban á bordo del *Aigle* con toda su comitiva. El *Aigle* iba acompañado por la *Reine Hortense*, el *Vauban*, el *Eylau* y la *Gloire*.

Segun el programa, SS. MM. debían desembarcar en Niza; pero la estrechez del paso y la poca anchura del puerto hicieron abandonar este proyecto; por consiguiente, la flotilla imperial pasó por delante de Niza sin detenerse, y fondeó á algunas millas mas al Este, en la rada de Villafranca, adonde llegó á eso de las ocho de la mañana.

La rada de Villafranca muy profunda por todas partes, se encuentra bien abrigada, aunque está un poco abierta. Ningun otro buque que el *Vauban*, el *Eylau*, la *Gloire*, el *Aigle* y la *Reine Hortense* fondeaban en aquella ensenada, rodeada de majestuosas montañas que corona el fuerte Montalban. Una ciudadela de buena apariencia protege la dársena y respondió con algunos cañonazos á las andanadas de la marina imperial. Hacia la izquierda de la rada se elevan algunas construcciones alquiladas hace dos ó tres años por el go-

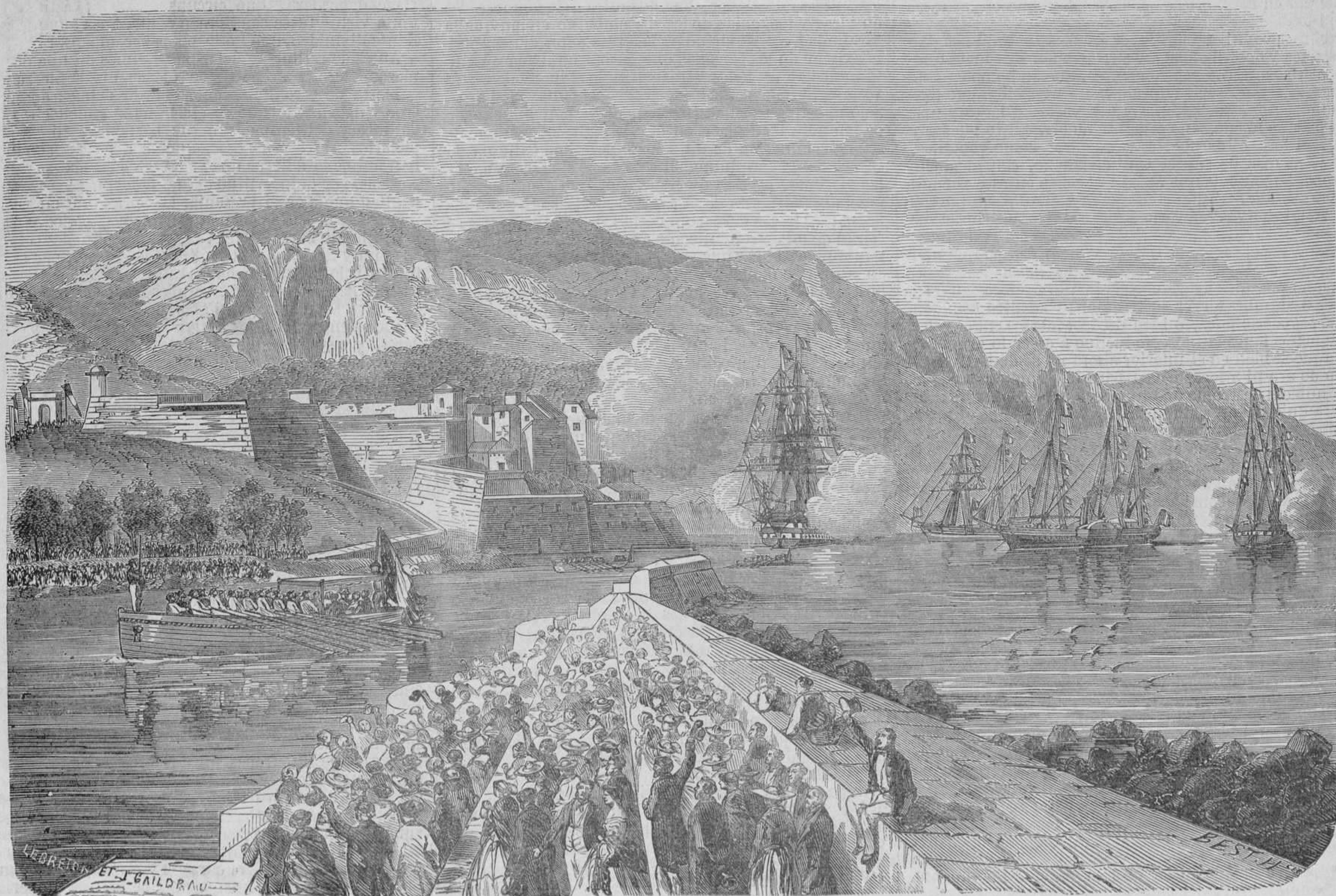


VIAJE DE SS. MM. — EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DIRIGIENDOSE A LA CATEDRAL DE AVIÑON.

bierno sardo al gobierno ruso para establecer un depósito de carbon y varios almacenes necesarios á su marina.

Eran las diez en punto cuando SS. MM. desembarcaron en Villafranca. El interior del puerto se hallaba adornado con banderas y colgaduras. SS. MM. fueron

recibidas por M. Paulze de Ivoy, prefecto de los Alpes marítimos, por el alcalde y la municipalidad de Villafranca.



DESEMBARCO DE SS. MM. EN VILAFRANCA.



DEFILE DE LAS DIPUTACIONES COMUNALES EN LA PLAZA DEL PALACIO IMPERIAL EN NIZA.

BH C

FRANCO LAURENT

Después del discurso del alcalde, SS. MM. subieron en coche y se dirigieron á Niza por el admirable camino que subiendo la montaña cuya prolongación forma el cabo Montbron, por entre muchos olivares, atraviesa la garganta de Villafranca presentando á los ojos hechizados la mas deliciosa perspectiva.

Sus Majestades entraron en Niza por la calle de Villafranca, adornada toda ella con banderas nacionales, y se adelantaron hasta la plaza Napoleon, donde el alcalde, M. Malaussena, presentó al emperador las llaves de la ciudad.

La acogida fué entusiasta, y las numerosas poblaciones que habian acudido de las cercanías con las banderas á su cabeza, quisieron dar con su presencia un carácter de adhesión muy significativo á la recepción de SS. MM. en el departamento de los Alpes marítimos.

Aquel día el emperador fué sin escolta á dar un paseo por las cercanías de la ciudad, y solo con mucho trabajo el carruaje pudo abrirse paso á través de la entusiasta muchedumbre deseosa de ver á su nuevo soberano. Por la noche, el ayuntamiento daba en el teatro un baile al que asistían SS. MM.

Al otro día el emperador y la emperatriz fueron á pasearse hasta el puente del Var.

Además de las obras que por decisión imperial van á ejecutarse en el departamento de los Alpes marítimos y cuyo total asciende á algunos millones, la emperatriz dió 40,000 francos para la suscripción en favor de las salas de asilo; y otros 40,000 para ser repartidos entre los antiguos militares y algunas personas necesitadas.

El colegio ha sido exonerado tambien de toda contribución, aunque debe consagrar una suma de 40,000 francos á la mejora de las escuelas comunales.

El emperador ha regalado al departamento el antiguo palacio real para que se establezca en él la prefectura, cuyas construcciones habrán costado mas de un millon; tambien los terrenos dependientes del palacio hasta la plaza de Santo Domingo han sido concedidos para establecer en ellos los archivos de la prefectura y las casas consistoriales.

El emperador y la emperatriz salieron de Niza el 13 con dirección á Ajaccio.

Revista de Paris.

Hay en Paris un gimnasta célebre, que después de haber sorprendido á los habitantes de esta gran capital con sus incomparables ejercicios, los ha sorprendido tambien esta semana con un pleito contra su director por haberse negado á cumplir una condicion de su contrata que á primera vista parece insignificante, pero que segun él es importantísima.

Procedamos por orden: principiemos por dar á conocer al gimnasta.

M. Leotard (este es su nombre) tiene veinte y un años, es de una hermosa figura, y preciso es confesar que cuando trabaja por la noche en el Circo, cuando se lanza por los aires saltando y cogiendo los trapecios con una imperturbable serenidad y con una gracia nunca vista, arranca no solo los aplausos frenéticos de toda la concurrencia, sino una admiración muy particular entre ciertas damas de la sociedad equívoca de Paris, de lo que se muestra él muy orgulloso.

Este orgullo ha producido varias cosas, y en primer lugar ha producido un libro muy curioso, cuyas páginas están esmaltadas de billetes afectuosos escritos por las mas ardientes de sus admiradoras. Tiene por título: *Memorias de M. Leotard*, y de él vamos á citar esta conclusion que lo resume todo:

«Mucha razon hay para decir, escribe M. Leotard, que la celebridad es una carga muy pesada; aunque quisiera yo, me seria imposible vivir como vive todo el mundo. No puedo atravesar una calle sin oír mi nombre. A fuerza de oír hablar de las delirantes reuniones del famoso Markouski, veinte veces he estado á punto de ir á ellas, y siempre he retrocedido ante las consecuencias.

Si por la noche antes de entrar en mi casa quiero dar un paseo por los Campos Eliseos, al punto me distinguen y me siguen una porcion de vestales del baile Mabilie; ¿qué seria pues si atravesara el umbral de ese jardin, templo de la loca alegría?

Solo entraré en él cuando haya obtenido una escolta de cuatro hombres y un bombero.

MORALEJA: En todo este furor no hay otra cosa mas que un efecto del traje ligero en que me presento para hacer mis ejercicios.

Todos los escritores que han hablado de la Grecia, y entre ellos M. E. About, dicen que los hombres son allí mas hermosos que las mujeres.

Y es porque los hombres han conservado la vestidura antigua: el calzon de punto y el gracioso tonelete. ¿Quereis que os adoren las damas? No es de rigor el trapecio; pero en vez de cubriros con vestidos ingratos inventados por las mujeres, y que os hacen parecer ridiculos maniqués, adoptad un traje mas natural y mas gracioso. De todo esto concluyo, que la mujer es la mas bella mitad del género humano... después del hombre.»

Creemos que ya está conocido M. Leotard; no obstante, por si faltase algo, diremos que Leotard ha hecho fotografiar sus admiradas formas, que se venden y están de manifiesto en todas las estamperías de Paris.

Ahora vengamos al pleito.

Es de rigor en el Circo, y así se estipula en todas las escrituras de ajuste, que los artistas todos cuando no trabajan deben ponerse un uniforme y salir á la arena para ayudar en lo que pueda ocurrir á sus compañeros que están trabajando.

Un Narciso como M. Leotard se ha resistido á ponerse el

casacaon de paño azul con botones amarillos y el pantalon de lista que constituyen ese uniforme de ordenanza; y de aquí el pleito.

Dejemos explicar á M. Leotard sus repugnancias acerca de este punto, explicación contenida en esta carta á M. Dejean, el director del Circo:

«Nunca habria debido ponerme el uniforme del picadero; lo hice á pesar de mi madre que nunca me quiso dar su licencia.

Además he notado (un poco tarde sin duda, pero á tiempo aun) que el tal disfraz en vez de servirme, me perjudicaba mucho.

El público á quien pertenezco ahora me demuestra su opinión, como puede hacerlo, y yo lo debo todo al público.

Ya sabeis que yo no he nacido para sacar y meter bancos; yo trabajaba en mi casa, pero era libre, y si he consentido en presentarme en Paris en vuestros circos, no ha sido por dinero, sino por alcanzar gloria, nada mas que por eso.

Por consiguiente, no quiero salir de mi especialidad, y quiero ser en todo un verdadero artista.

Me dijisteis al principio de mi contrata que era de rigor; entonces no puse dificultades, pero ahora veo todos los inconvenientes y los abusos de esa costumbre.

Puedo deciros, sin despreciar á mis compañeros á quienes estimo en el alma, que yo no aceptaré jamás esa librea.

El grupo de artistas que llaman volatineros está excluido desgraciadamente del gran mundo; todo lo que hago yo es para destruir esa preocupacion: ¡ojalá lo hubiese sabido desde el principio!...»

M. Leotard se propone pues una idea eminentemente reparadora; quiere rehabilitar á los volatineros en la alta sociedad, de la que se hallan excluidos por añejas preocupaciones, y el medio mas oportuno que encuentra para ello es rechazar el uso de lo que él llama una librea.

Veamos si en el fondo de la cuestion no hay otro interés que este.

Segun ha expuesto M. Dejean ante el tribunal por medio de su abogado, Leotard se ocupaba en ejercicios gimnásticos en Tolosa, cuando le vió el director del Circo de Paris, y le ajustó el 22 de julio de 1859 con un sueldo de 1,200 francos mensuales.

Ya hemos dicho que en la capital hizo furor, y en vista de ello M. Dejean le escrituró nuevamente desde 1º de febrero de 1860 hasta el 31 de enero de 1861, á razon de 3,000 francos mensuales; siempre con la condicion formal de que se habia de poner mientras no trabajaba el consabido uniforme.

Además del sueldo consta que le ha hecho regalos por mas de 7,000 francos; que en un viaje que le mandó hacer á Berlin, le atribuyó una suma de 9,000 francos; que le ha pagado cuando ha estado enfermo, y que ha tenido con él toda clase de consideraciones.

En cambio M. Leotard ha dado representaciones en varios gimnasios, y hasta ofreció al prefecto de policía atravesar el Sena por medio de sus trapecios con motivo de las fiestas del 15 de agosto; todo esto sin pedir permiso á su director como se halla estipulado en la escritura.

Por último, M. Dejean le ha ofrecido un tercer ajuste por un año con 106,000 francos de sueldo.

Esto es, le ofrece una fortuna después de haberle dado una celebridad europea.

La contestación de M. Leotard ha sido esta:

Anulación de la escritura existente y un nuevo ajuste por seis meses y medio, desde el 1º de octubre actual hasta el 15 de abril próximo, á razon de 62,000 francos por todo este tiempo.

Ante esta exigencia M. Dejean se resolvió á apelar á la justicia.

Despojando pues la querrela de todos sus accesorios, resulta que M. Dejean ofrece un ajuste que no le conviene á Leotard, porque en lugar de los 106,000 francos que le proponen por un año, le dan en Inglaterra 120,000 francos por seis meses.

Así el abogado de Leotard dice que el motivo de este proceso es la venganza de un director abandonado por un hombre á quien debe mas de 400,000 francos de ganancia líquida.

El tribunal, ateniéndose al contenido de la escritura, ha condenado á Leotard á ponerse el uniforme bajo pena de 750 francos por cada infracción, y al pago de 1,000 fr. á M. Dejean por daños y perjuicios.

Vamos á dar cuenta á nuestros lectores de un libro interesante que se titula: *Recuerdos de una francesa cautiva de Schamyl*, escrito en francés por M. E. Merlieux.

En este libro el autor expone la historia de una parienta suya que salió á mediados de 1853 con dirección á Tiflis para fundar allí un establecimiento comercial.

La capital de la Georgia no la ofreció los recursos que se prometia, y estaba ya para regresar á Francia cuando la propusieron entrar en casa del príncipe David Tchavtchavadzé como institutriz de sus dos hijas mayores.

El príncipe pertenece á una de las familias mas nobles de la Georgia, y su mujer la princesa Anita Tchavtchavadzé es nieta de Jorge XIII, último rey de su país.

Prescindiendo de estas consideraciones, apenas hubo visto madama Drancey (este es el nombre de la heroína del libro) á las dos niñas que la destinaban, cuando sintió por ellas una simpatía irresistible. Por consiguiente, aceptó gustosa el encargo que le habian propuesto.

La familia de madama Drancey sostenia con ella una correspondencia seguida, hasta que en setiembre de 1854 le fué devuelta una carta sin abrir, con estas palabras escritas en el sobre:

«Devuelta por causa de asesinato de la persona á quien se dirige.»

Casi al mismo tiempo anunciaban los periódicos que la princesa Anita Tchavtchavadzé que habia ido á pasar la temporada de verano al campo, habia sido robada con varias personas de su familia por Schamyl, y que madama Drancey habia sido asesinada.

El golpe fué terrible para la infeliz madre de esta señora; su vida desde aquel momento no fué mas que un doloroso martirio.

Sin embargo, se dieron todos los pasos necesarios para indagar la verdad, y se vino á saber que madama Drancey vivia, pero que la tenia cautiva Schamyl.

La Francia estaba entonces en guerra con la Rusia y las comunicaciones eran muy difíciles; júzguese cuáles serian las angustias de la pobre madre durante una cautividad de ocho meses y medio.

Ni un momento dejaba de pensar en su querida hija.

Por fin llegó la noticia que tanto deseaba.

La anunciaron que su hija estaba libre, que en breve volveria á verla; pero ¡ay! bien puede decirse que la alegría mata como el pesar; algunos días después la desgraciada madre habia exhalado el último suspiro.

Madama Drancey apenas se vió libre, quiso volver á Francia con su madre.

Sus fuerzas se habian agotado en las duras pruebas á que se habia visto sometida, y necesitaba respirar el aire natal: desgraciadamente al llegar á Moscu supo que ya no la quedaba mas consuelo que el de llorar sobre una tumba.

Sin embargo, continuó su viaje y vino á reunirse con su familia.

Interrogada por sus parientes, madama Drancey les describió las costumbres de los tchetchers y de los lesghienses, esos pueblos á la vez bárbaros y heroicos que poseen todavía una independencia y libertad que no han podido conservar naciones muy adelantadas; les pintó el impenetrable aul del misterioso Schamyl; les inició en las intrigas de su serrallo; en una palabra, les contó la historia de su cautiverio.

M. Merlieux ha escrito esta historia con la sencillez que conviene á una narración de sucesos verídicos é interesantes.

MARIANO URRABIETA.

Se despide para el otro mundo (1).

J'ai souvent ouï en proverbe vulgaire
Qu'un fol enseigne bien un sage.

RABELAIS.

I.

Era una mañana. Don Braulio aun no se habia levantado. En un ancho catre de madera de jacarandá dormia á pierna suelta al lado de su cara esposa. ¡Qué cuadro tan interesante se ofrecia allí á los ojos del observador! Roncando como un bienaventurado, su boca mas que abierta destilaba un líquido trasparente que cayendo sobre la almohada dibujaba cartas geográficas de países desconocidos. ¡Cómo la naturaleza se rie de las vanidades humanas! Su mujer jóven y hermosa, descolorido el semblante, desgredada la cabellera, tambien por su lado roncaba *sotto voce*. ¡Y los poetas cantan la belleza de las mujeres dormidas!... Bienaventurados los que duermen, porque ellos no se ven sus caras.

Una mosca que andaba zumbando por la pieza, no hallando donde detenerse, escogió la nariz de don Braulio para reposarse en ella. La cosquilla causada por las patas del animal le provocó tan feroz estornudo, que á su ruido despertaron él y su mujer.

— Hija, dijo don Braulio, esto es anuncio de romadizo, ó algun raton me ha metido la cola en las narices.

— ¡Las nueve ya! exclamó su mujer, ¡y don Salustio que quedó en venir á almorzar hoy con nosotros!

Don Salustio esperaba en el salon que los dueños de casa se levantaran. Estaba entretenido contemplando un grabado que representaba la toma de Malakoff.

Don Salustio rayaba en los treinta y cinco años. Era hombre, segun la opinion general, notable bajo muchos aspectos: alma noble, inteligencia cultivada y figura distinguida. Tal vez habia alguno que le negaba estas brillantes dotes, pero ¡á qué extremo no conduce la envidia! Tampoco faltaban otros que con la mejor voluntad del mundo no le encontraban tan relevantes méritos, pero estos ignoraban una cosa, y es que don Salustio era rico.

Dije que su figura era distinguida; y en efecto, por lo elevado de su estatura, lo exiguo de su cuerpo y lo macilento de su rostro, se distinguia de los demás hombres. A no saberse que era rico, habriase dicho que era la encarnación del hambre.

Don Braulio le encontró en el salon embebido en la contemplación del grabado de la toma de Malakoff.

— Cuando un hombre como don Salustio mira con tanta detención ese dibujo, es una prueba evidente que no es una obra cualquiera, pensó juiciosamente don Braulio.

— Buenos dias, don Salustio, dijo después de esperar un largo rato.

— Buenos dias, mi señor don Braulio. ¿Cómo está la salud de Vd.?

— Siempre buena. ¿Miraba Vd. ese dibujito?

— Es verdad. Contemplaba este mamarracho, dijo don Salustio con la mayor sangre fria, y hacia nacer en mí ideas extrañas.

Una impertinencia es siempre disculpada en un rico. — ¿Y qué pensaba Vd.? preguntó don Braulio curioso de conocer las ideas de don Salustio.

— Pensaba en estos tontos europeos que se hacen matar por una cosa que les importa tanto como á mí que el sultan turco tenga la cabellera lisa ó encrespada.

Don Braulio quedó pasmado de tanta profundidad. Y á mí tambien se me ocurre lo mismo que á don

(1) De la *Semana*, periódico de Santiago de Chile.

Salustio. De todos los disparates que hacen los hombres en su vida, ninguno mayor que el de morir. Pero morir en una batalla es el *non plus ultra* de la extravagancia humana.

El aguijón del hambre empezó á hacerse sentir. A poco rato pasaron pues al comedor. Don Braulio era uno de los muchos aficionados á la buena mesa; su abdomen prominente y su rostro rubicundo daban claras muestras de sus gustos gastronómicos.

— ¿Qué clase de vino bebe Vd., don Salustio? le preguntó don Braulio.

— Yo solo bebo las lágrimas de mi corazón, contestó don Salustio con acento mas triste que una campana que llama á hermanos.

Don Braulio lo miró despavorido. Entonces solo se fijó en la palidez del semblante de su amigo. Sobre todo en su modo de mirar notó cierta extrañeza que nunca había observado en él.

— Estos hombres flacos, pensó don Braulio, son los mas insulsos personajes que conozco.

Y ahora se me ocurre aquí tambien lo mismo que á don Braulio. Del hombre flaco al hombre gordo hay la misma diferencia que de un vino dulce á un vino ágrico. Razon tenia César en desconfiar de tales hombres. Regla general, los que no son sensibles á los goces materiales de la vida, á la buena mesa, al vino, á las mujeres, etc., tienen un alma estéril. Pero me callo: en esta cuestion yo soy parte interesada.

— Muchacha, dijo don Braulio dirigiéndose á una sirviente, tráeme una botella de vino de laque verde.

El que no sabe beber es digno de lástima; sin duda alguna tiene un sentido de menos. ¿Cuál es el aficionado al vino y á la mesa que no sea amable?

— Siento en el alma que no le guste á Vd. el vino, don Salustio, dijo don Braulio destapando la botella. ¡Vea Vd. qué buen color tiene! Este es regalo de un amigo mio del Sur; viene de las márgenes fortunadas del Longomilla.

— Mi alma está triste, don Braulio; todo es acibar á mi paladar.

— Pruebe Vd. de este mosto generoso, don Salustio.

Don Salustio tomó una copa, la llenó, y de un solo trago la sorbió. Luego clavó los ojos en el techo, quedándose un corto rato en silencio y despues exclamó:

— ¡Qué cosa tan buena!

— El vino, dijo sentenciosamente don Braulio, no solo fortalece el cuerpo, sino que tambien refresca el alma.

El aire tétrico de don Salustio comunicó cierta frialdad al almuerzo, que hasta el buen humor de don Braulio huyó despavorido. La tristeza es siempre un convidado importuno. Se cuenta de países en que ha sido costumbre celebrar con banquetes los funerales de un muerto; para mí es evidente que los que asistian á ellos, ó no tenían sentimientos de piedad, ó mas de uno tuvo que tomar magnesia para librarse de una indigestion. ¡Dios me libre de comer con gente triste y de mal humor!

Por estas razones el almuerzo de don Braulio fué corto. Tan pronto como concluyeron se separaron de la mesa. Entonces don Salustio llamó aparte á su amigo.

— Señor don Braulio, le dijo, siempre lo he estimado á Vd. Creo tambien que no dudará de la sinceridad de mi afecto. Por este motivo, antes de partir he querido almorzar con Vd. por la última vez.

— ¡Cómo! ¿se nos va Vd.?

— Sí, amigo mio; parto, y para siempre. Esta es la postrera vez que nos veremos.

Don Braulio lo miró asombrado. Decididamente habia algo en la mirada de don Salustio que revelaba un estado insólito de su alma.

— ¿Y para dónde se marcha Vd.?

— Para el otro mundo. Adios, amigo mio, añadió apretándole la mano; ¡adios! ¡ya no nos veremos mas!

Don Braulio se quedó estúpido. — ¿Qué diablos tiene don Salustio? le preguntó á su mujer rascándose la cabeza.

II.

¡No hay placer como el de viajar! exclama mas de un apático ciudadano sentado en su poltrona, calentándose á la orilla de un ancho brasero de fuego, y con un libro de viajes en la mano en que el autor pinta las cosas que no vió y que jamás existieron en país alguno.

¡No hay como estar en su casa! dirá tambien mas de un viajero que la necesidad obliga á andar lejos del hogar doméstico con el cuerpo hecho sopa si es invierno, ó abrasado por los rayos de un sol ardiente si es verano, pasando malos días y peores noches.

Esto prueba lo que ya mas de mil veces se ha dicho, que nadie está contento con su suerte, aunque todos lo están con su individuo.

En cuanto á esto ninguno como don Salustio. Vino al mundo con todas las condiciones precisas para ser feliz, y concluyó por ser el hombre mas desgraciado. Cayó en mala hora en las manos una Biblia impresa en Nueva-York y se empapó en la lectura del libro del Eclesiastes. El mas profundo hastío de la vida se amparó de él. Todo es vanidad, se dijo con el autor sagrado. ¡Infeliz don Salustio! ¡lo habia leído sin notas ni comentarios!

A la mas negra melancolia se unió el proyecto extravagante de encontrar la solucion al problema de la vida. ¡Inútil empeño! Su cerebro empezó á dar vueltas como una rueda de molino y no vió mas que estrellas. Sin embargo, sacó en limpio que mas le hubiera valido

no haber pensado jamás en semejantes cosas; tal vez así no habria perdido la tranquilidad de su espíritu.

Empezó para distraerse á escribir un tratado sobre la *Razon humana*; pero esto lo condujo á consideraciones tan ajenas de su asunto, que se quedó en las definiciones. Dedujo que la vida se componia de goces y miserias, que los primeros eran solo ilusiones, y las segundas tristísimas realidades, y arrojó de sí la pluma.

Un dia tuvo una especie de iluminacion. Vió el mundo como una casa de Orates, en la que todos se empeñaban en enterrar á la razon obteniendo mayores aplausos aquel que con mas empeño trabajaba. Solo él, en medio de tantos insanos conservaba su sano juicio. Desde entonces una idea fija se clavó en su cerebro, como una estrella en el firmamento. Salir de este mundo á todo trance fué para él su único pensamiento.

Un su amigo que se apercibió del giro que iban tomando sus ideas, le aconsejó que viajara. ¿Pero á dónde dirigir sus inciertos pasos? En nuestro país no hay mas que un punto que ver, y este punto es la capital. ¡Oh! ¡ir á Santiago! ¡sueño dorado de los provincianos, sobre todo de las provincianas! ¿Quién es aquel que no lo mira realizado en el horizonte luminoso del porvenir? Peregrinacion obligada, como la del musulman á la Meca, todo hijo de provincia se encuentra en la necesidad de hacerla á fuer de pasar por hombre inculto. Pero don Salustio era nacido y criado en el empedrado de Santiago.

¿Ir á Europa? ¿y quién le aseguraba que no se tentara en el camino de cambiar de rumbo ó ir á visitar el país de las sirenas? Además, habia leído cuantas novelas han escrito los franceses, y conocia sin haberlas visto, tan bien ó mejor que los mismos parisienses, las calles de Paris.

¿Porqué no he de hacer un viaje al otro mundo? se dijo para sí. Dante Alighieri se ha hecho inmortal por un viaje semejante. Y no se diga que fué una ficcion; sus contemporáneos, que debian saberlo mejor que nosotros, cuando pasaba por las calles decian: — ved al hombre que vuelve de los infiernos.

Es evidente que el gusto de viajar consiste en haber viajado. ¡Qué placer, á la vuelta, desengañar á los volterianos que no creen en el infierno! ¡dejar pasmados á los católicos contándoles que un papa ardia en las llamas eternas! Goces son estos que solo los conciben aquellos que saben mentir.

— Pero, dijo don Salustio deteniéndose en el curso de sus reflexiones, ¿y mi novia?...

Se me habia olvidado que don Salustio, teniendo la envidiable dicha de ser soltero, se le vino un dia á las mientes la singular idea de casarse. En verdad que nada de raro tiene que un hombre piense en casarse: es un fin al que casi todos llegan tarde ó temprano, pero en don Salustio esta idea nació y cobró cuerpo en un solo instante.

El matrimonio es tal vez el paso mas serio que da un hombre en su vida, y todos sin embargo entran en él con una ligereza imperdonable. Probablemente tiene esto su causa en una especie de presentimiento que hace tomar el matrimonio como una loteria en la que solo tiene suerte el que saca un buen número.

La mujer, comercialmente hablando, es un artículo siempre abundante. Pero el que busca esta especie exige tres cualidades indispensables, á saber; hermosura, juventud y fortuna, cualidades tan difíciles de encontrar reunidas en una sola persona como un ministerio que concilie á todos los partidos. No quiero decir que este sea un tesoro fantástico que no exista en nuestra sociedad; raro es, mas al fin se encuentra; pero para pretender á su posesion se necesita ser un viejo millonario ó un tonto afortunado.

Don Salustio; cosa rara! conocia esta verdad. La primera dificultad que se le presentó fué, no la de encontrar mujer, sino la de tener que pasar por todos los amorosos trámites que para llegar á obtener la mano de una niña se requieren. Esto de tener que hacer el papel de enamorado le pareció una empresa mas ardua que la de tener que improvisar un brindis en un banquete político; no conocia la retórica amorosa, ni nunca habia podido mirar á una mujer sin ponerse colorado; pero sabia que el hombre que se presenta con pretensiones matrimoniales, si tiene una regular fortuna, es siempre mirado con ojos cariñosos por todos los padres de familia y considerado por las niñas solteras como una persona *interesante*, calificativo por demás expresivo.

Recorrió el repertorio de niñas donosas que conocia para escoger de entre ellas la que habia de tener la dicha de llegar á ser su esposa, y á satisfaccion general, le arrojó el pañuelo á la señorita Mercedes Gonzalez, hija del muy conocido comerciante don Pedro Pablo Gonzalez.

Don Pedro Pablo le dijo un dia á su hija Mercedes: — don Salustio, hija mia, solicita tu mano. Es hombre rico, de una fortuna mas que regular; un ventajoso partido que todas las mujeres envidian y que te hará feliz. ¿Quién mejor que él para marido?

La hija de don Pedro Pablo tenia uno de aquellos deseos cuya vehemencia hace que se pierda el sueño, y que en razon de su misma intensidad quedan ocultos en el fondo del corazón. Para ella un marido era un terno de brillantes.

— La voluntad de mis padres es tambien la mia, le contestó bajando la vista.

Y el casamiento se hizo.

Y don Pedro Pablo corrió de casa en casa á dar parte del próximo enlace de su hija Mercedes con don Salustio.

Y todos dijeron que don Pedro Pablo casaba á su hija por el vil interés del dinero.

Pero don Pedro Pablo se restregaba las manos de contento pensando en que todos los que así se expresaban eran movidos por la mas baja de las pasiones, la negra envidia.

En efecto. La pobre naturaleza humana entre sus innumerables defectos tiene este de no perdonar que la felicidad golpee en la puerta del vecino cuando pudo golpear en la nuestra.

— ¿Y mi novia?... se dijo don Salustio.

Don Salustio era hombre de honor. No podia emprender su viaje faltando á un compromiso sagrado. Las bodas estaban ya arregladas. Encomendóse á la casualidad, y se dirigió á casa de su futuro suegro.

III.

En el salon principal de una casa situada en la calle de las Monjitas, tres personas conversaban tranquilamente. Don Pedro Pablo, una de ellas, le dijo á su mujer:

— Manolita, bueno seria ya ir pensando en las personas que deben convidarse el dia de las bendiciones.

— ¿Para qué? aun no sabemos si se casarán en la iglesia ó en la casa, contestó doña Manuela.

— Me parece...

— ¿Cómo es eso, me parece! dijo doña Manuela; lo que don Salustio diga eso se hará.

— Yo, dijo Mercedes, quiero casarme aquí en casa. Tenia un magnífico vestido de novia y era preciso lucirlo el dia de las bendiciones.

— Aquí viene don Salustio, él decidirá la cuestion.

Don Salustio entró con su aire fatídico y saludó como si pasara por delante de una tumba.

— A tiempo llega Vd., querido yerno, dijo don Pedro Pablo.

— Pase Vd. al sofá, le dijo doña Manuela.

Mercedes no dijo nada, pero le acercó el brasero con fuego.

— ¿Almorzó Vd.? le preguntó el dueño de la casa.

— Sí; acabo de almorzar con mi amigo don Braulio.

— Buen hombre es. ¿No fuma Vd. un cigarrillo?

Todo era amabilidad y atenciones con el futuro yerno; se le cuidaba como á un niño regalon. ¡Placeres inocentes que se gozan en el interior de nuestras familias! ¿Cómo pintar la satisfaccion de un padre y de una madre cuando encuentran un novio rico para su hija?

— Queremos conocer la voluntad de Vd., querido yerno, dijo don Pedro Pablo, sobre si piensa casarse en la iglesia ó en mi casa.

Don Salustio guardó silencio. — Escúchenme Vds., les dijo despues de un corto rato. La union de las almas es el pedestal sobre que reposa la felicidad de las criaturas humanas. En uno de aquellos momentos en que nuestra razon nos abandona, yo solicité la mano de la hija de Vds. Mi fortuna y mi reputacion eran para Vds. las mejores garantías de la felicidad de su hija: aceptaron pues con placer. Pero ¡ay! se olvidaron de que el amor...

— Lo creia á Vd. mas sensato, interrumpió don Pedro Pablo. ¡Venir á hablar de amor tratándose de matrimonio?

— Pero ¡ay! el amor, continuó don Salustio, es el vínculo mas sagrado que une el hombre á la mujer; no existiendo no hay felicidad posible. ¿Qué prueba la ceremonia religiosa? Nada mas que los hijos serán legítimos.

— Pasmado estoy, querido don Salustio, oyéndole expresarse de una manera tan extraña. ¿La echa Vd. de filósofo? Tambien yo soy filósofo, pero filósofo práctico. En general, amigo mio, los hombres se casan por uno de los tres motivos siguientes: por amor, por interés, ó por tener mujer. Fuera de estos tres casos, los demás son excepciones. La experiencia demuestra que de cien matrimonios, hay:

Diez por el primero.

Quince por el segundo.

Setenta y cinco por el tercero.

Francamente, amigo, Vd. está muy distante de ser un lindo don Diego. No es pues un blanco á propósito para que cupido dirija contra Vd. sus flechas. Su fortuna es mas que regular, y no es hombre Vd. de sacrificar al interés la tranquilidad de su vida. Si pensó pues en casarse, era por el solo gusto de casarse, por tener mujer, en una palabra. ¿Piensa Vd. que yo no lo conozco?

— No, don Pablo, no me conoce; yo soy un hombre excepcional en el linaje humano. Para que Vd. pudiera comprenderme era preciso que Vd. tuviera una revelacion divina, que su inteligencia se iluminara súbitamente y pudiera leer en el fondo de mi corazón.

— Una de dos, dijo don Pedro Pablo, ó Vd. divaga, ó se burla de nosotros.

— La verdad es la que habla por mi boca.

— En fin, amigo, ¿qué es lo que Vd. pretende?

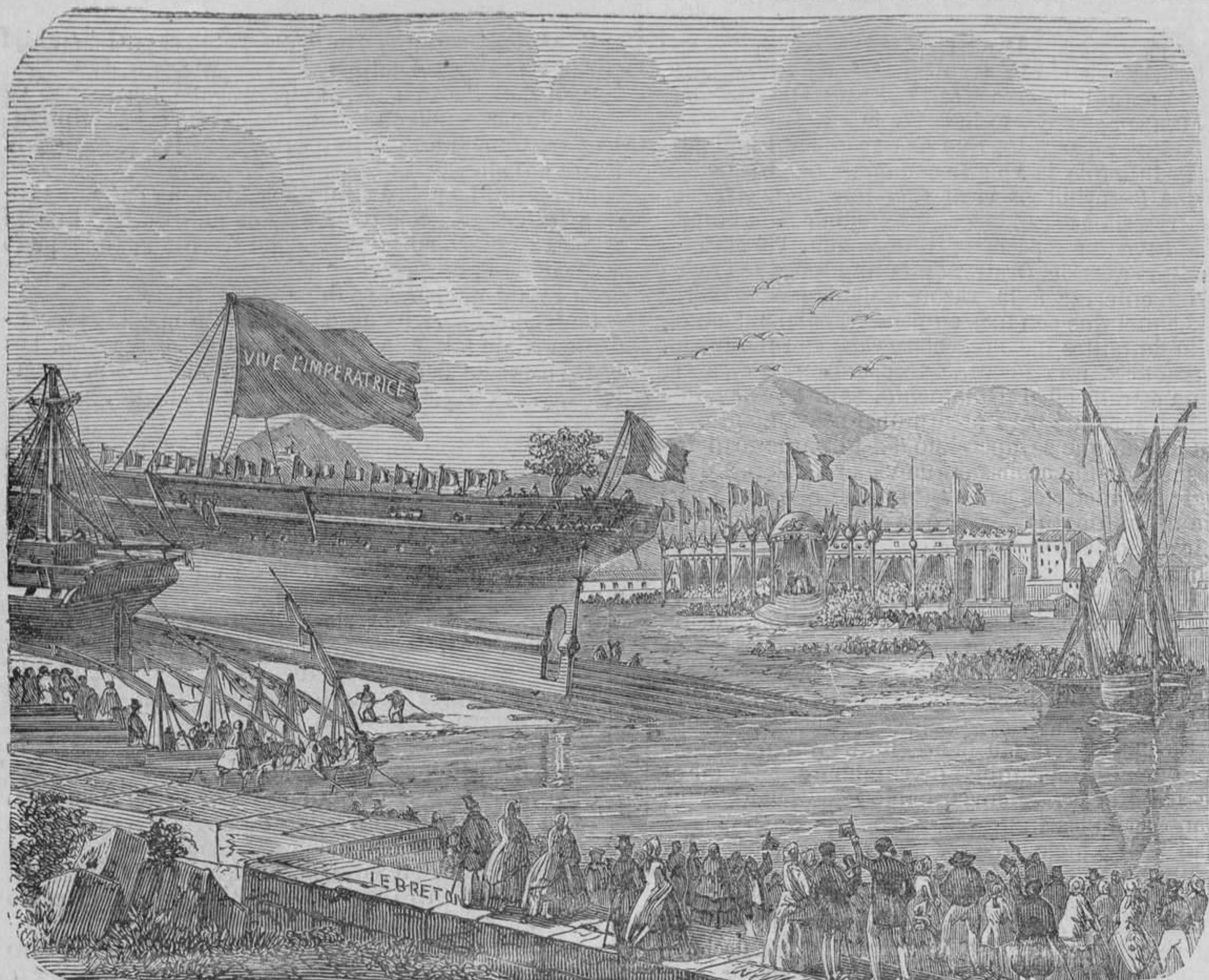
Don Salustio tomó un aire triste, se acercó á don Pedro Pablo y le apretó las manos cariñosamente: — Amigo mio, le dijo, soñé un momento con la felicidad, y este sueño se ha disipado como el humo. Ya no puedo casarme.

El padre, la madre y la hija quedaron aterrados.

— ¿Qué es lo que Vd. dice? le preguntó don Pedro Pablo no pudiendo creer todavía lo que oia.

— Ya no puedo casarme.

Mercedes vió el terno de brillantes y el vestido de



VARADA EN MARSELLA DE LA PROVENCE (HOY LA IMPERATRICE) DELANTE DE SS. MM.



PLAZA DE SAN LUIS Y AVENIDA DEL PALACIO BORELLY EN MARSELLA.

(Véase el artículo, página 227.)



EL PALACIO BORELLY EN MARSELLA.



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ ENTRANDO EN NIZA POR EL ARCO DE TRIUNFO ELEVADO EN LA ESQUINA DE LA PLAZA NAPOLEON.

novia criar alas de repente, volarse por la ventana y perderse de vista allá en el horizonte. Echó a llorar amargamente.

Don Pedro Pablo y doña Manuela exclamaron furiosos: — ¿Y porqué no puede casarse?

— Porque me marcho para siempre. — Se llevará Vd. a su mujer, dijo el padre irritado. — Si ella quiere seguirme... — ¿Y para dónde se va Vd.?

— ¡Para el otro mundo! Merceditas levantó la cabeza. Don Pedro y doña Manuela regularon espantados. Como don Braulio, notaron inmediatamente en la mirada de don Salustio algo de tan extraño, que habiéndolo conocido siempre por un hombre sensato, sospecharon en él alguna grave enfermedad.

En este momento entró una criada con una carta para don Pedro Pablo. La abrió con indiferencia, echó la vista por ella, se puso pálido y exclamó: — ¡Cielo!...

Doña Manuela tomó entonces la carta, la leyó rápidamente, se puso verde y exclamó: — ¡Gran Dios!.....

Merceditas la tomó a su turno, la leyó temblando; se le cayó de las manos, cayó ella sobre un asiento y exclamó despavorida: — ¡Jesus!...

Don Salustio la tomó entonces y la leyó en voz alta. Decía así: — «Muy señor mío. Nuestra familia celebraba infinito el enlace de mi hermano don Salustio con la apreciable señorita hija de Vd. Una desgracia que nos tiene a todos afligidos hace imposible este matrimonio. ¡Don Salustio se ha vuelto loco!»

Todos se miraron para calcular la impresion producida por tan inesperada noticia. El padre, la madre y la hija exclamaron a un tiempo: — ¡Es cierto!... Don Salustio soltó la mas franca carcajada de risa que pueda oirse.

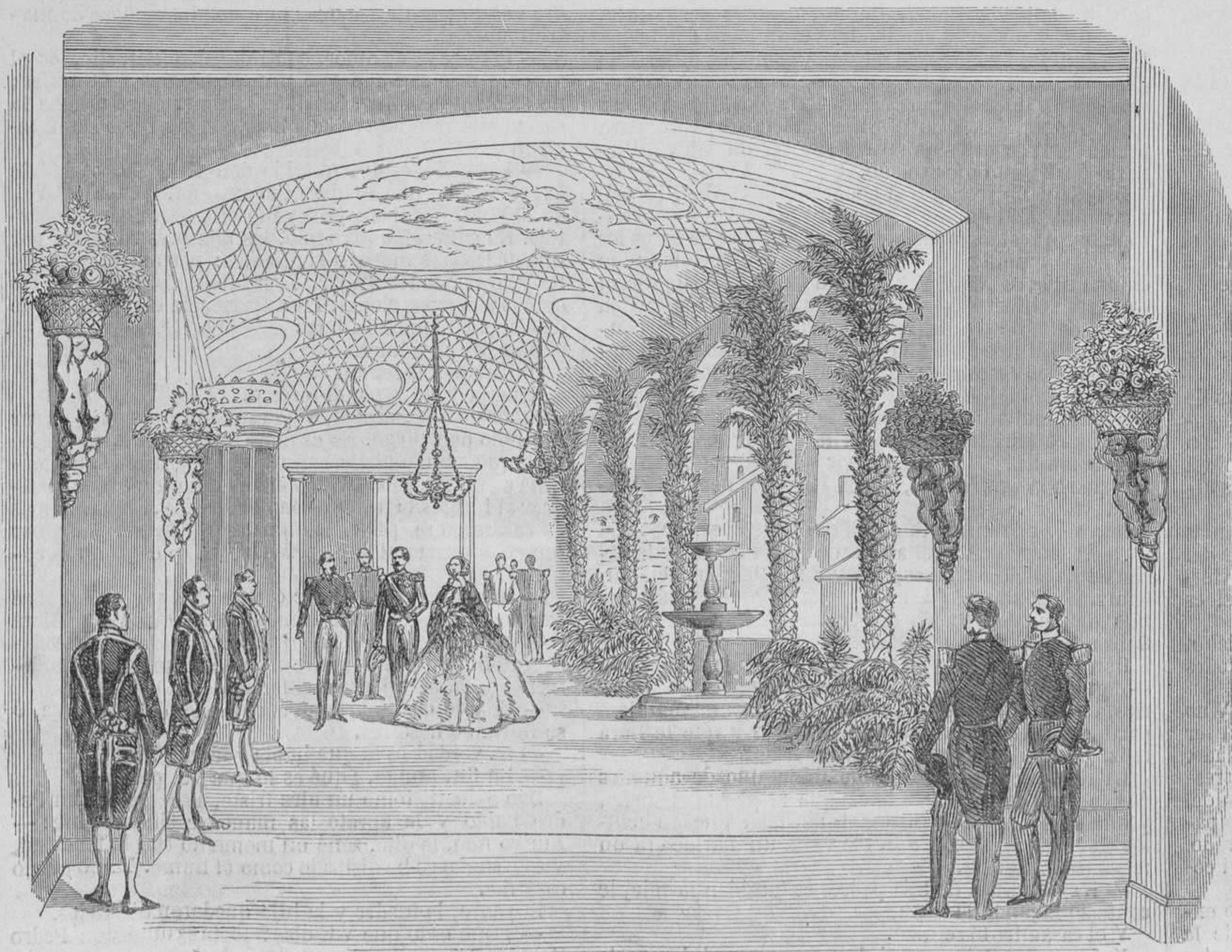
— ¡Yo loco! dijo afirmándose en una silla para reirse con mas comodidad. ¡Loco!... ¡Esto es muy curioso!

— Amigo don Salustio, dijo don Pedro Pablo, mucho siento la desgracia que lo aflige a Vd...

— ¡Cómo! ¿tambien lo cree Vd., don Pedro Pablo?

— ¿Cómo dudarle, amigo, despues de las extravagantes ideas que acaba Vd. de manifestar?

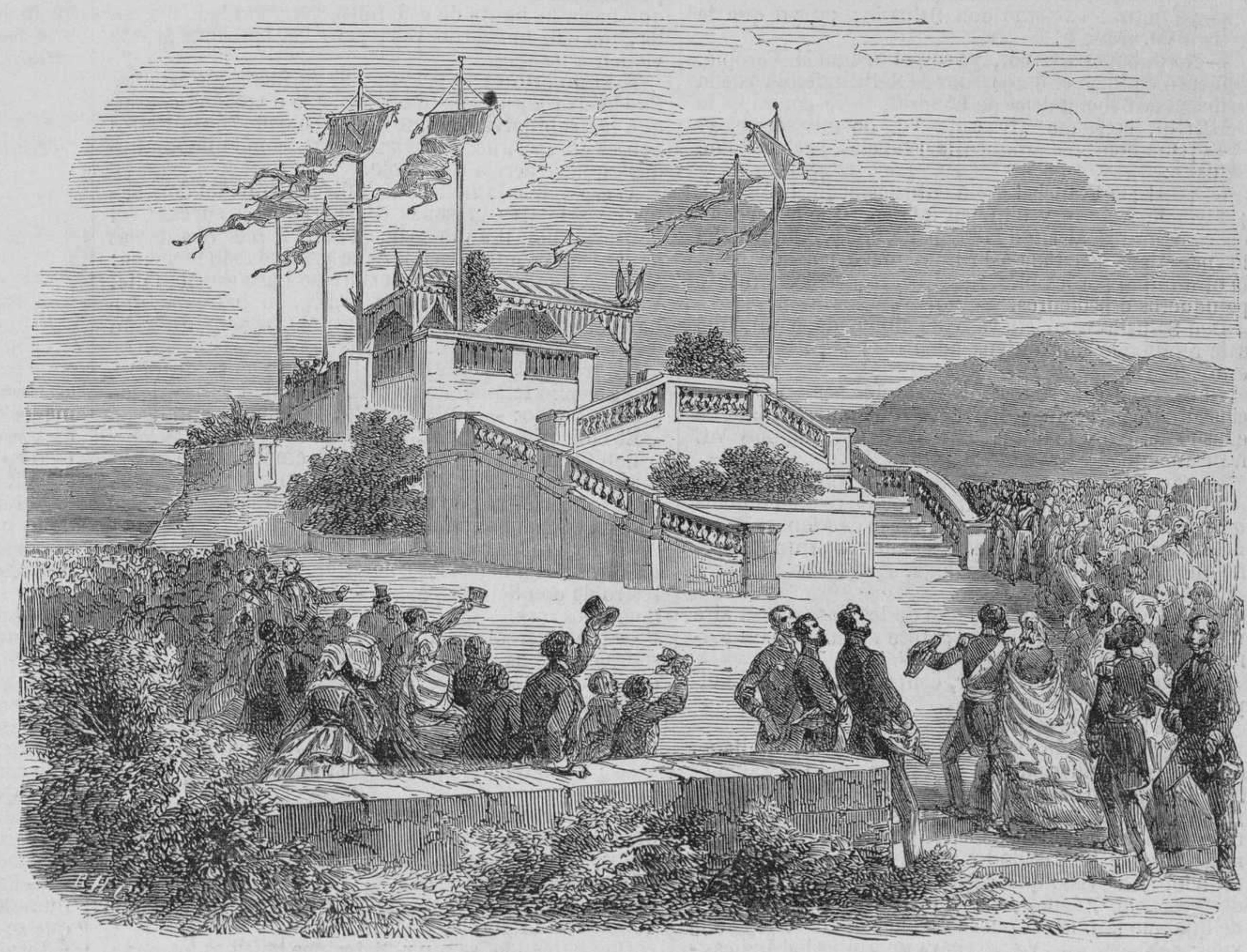
— ¡Pobre hombre! dijo don Salustio; sepa Vd., señor don Pedro Pablo, que yo soy el hijo predilecto de la razon.



PALACIO IMPERIAL DE NIZA : LA GALERIA DE LAS PALMERAS, CONSTRUIDA Y DECORADA POR M. SABATIER, arquitecto.



SS. MM. POR EL PASEO DEL CASTILLO DE NIZA.



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ LLEGANDO A LO ALTO DEL PASEO DEL CASTILLO DE NIZA.

- No lo dudo.
- Que la humanidad va por un camino extraviado...
- Debe de ser cierto.
- Y que si me voy de este mundo, es por no tener que encontrarme a cada paso con gente que carece de un sano juicio.
- Hace Vd. muy bien.
- Adios, amigo; ¡ya no nos veremos mas!
- Lleve Vd. buen viaje.
- Don Salustio tomó su sombrero y salió.
- No hay cosa peor que contrariar a los locos, dijo don Pedro Pablo. ¡Vamos! consuélate, hija. A Dios gracias no faltan hombres en este bajo mundo.

IV.

Don Salustio iba por la calle pensando muy seriamente en qué modo emprender su viaje a las regiones de ultratumba. Recorrió la lista de suicidios célebres desde Caton de Utica hasta nuestros dias, y encontró que ninguno le cuadraba. No dejó de ocurrirle la singular idea de cometer un crimen esantoso en provecho de la humanidad (que tambien hay cri-

menes que aprovechan a la humanidad) y marchar sereno al patíbulo con su conciencia tranquila dejando un nombre imperecedero a la historia; pero aunque ya tenia el ejemplo de Erostrato, reflexionó en que era hacer demasiado caso de la opinion de los hombres, y esto era cosa que él despreciaba profundamente.

Habia deseado dejar escritas antes de partir ciertas curiosas observaciones sobre la razon del hombre, que creia de grande utilidad para el género humano; pero encontraba que además de faltarle ya el tiempo, parecia apelar a esa misma razon que él trataba de negar. Entre todas estas observaciones, una de las mas curiosas era la siguiente:

«Todas las profesiones viven de las miserias humanas. Luego, un pueblo será tanto mas infeliz, cuanto mas necesidad haya de estas profesiones.»

Al dar vuelta a una esquina fué detenido de las colas del fraque por un su amigo que a tranco largo venia detrás de él. — ¡Hombre! le dijo, ¿no sabe Vd. lo que sucede?

— No, en verdad, contestó don Salustio.

— Su hermano de Vd. ha pedido al juez su interdiccion por causa de demencia.

— ¿Y eso qué importa?

— Importa que se quieren echar sobre su fortuna.

— Yo soy un hombre solo, y la ley tiene para hacerse obedecer un batallon de gendarmes.

— ¡La ley!... exclamó el amigo de don Salustio con cierta sonrisa burlona; ¡la ley!... Nosotros los abogados sabemos bien lo que ella vale: con facilidad se la fuerce las narices y respeta siempre á los mas diestros. ¿Quiere Vd. encomendarme su causa de interdiccion? ¡Verá Vd. qué brillante defensa! Tenemos en nuestro favor no solo el nuevo Código y las leyes de Partida, sino hasta el mismo filósofo Erasmo que hizo el elogio de la locura.

— Haga Vd. lo que quiera. Dividánse mi fortuna entre parientes, abogados y ministriles, como los judíos se dividieron la túnica de Cristo; ¿qué me importa á mí cuando luego voy á dejar de ser un habitante de este mundo?

Hace rato que estoy por hacer sabedor al lector de un hecho que me es enteramente particular.

Me sucede que he solido expresar ideas en abierta contradiccion con ciertos principios generalmente recibidos como verdades, y nadie ha creído que yo pensara de tal modo; cuando mas favor me han hecho, ha sido el de imaginarse que yo queria pasar por original. Ahora bien, si en vez de callarme, como lo hago, diera rienda suelta á mi lengua, y empezara á predicar las verdades de que yo creo ser conocedor, de seguro que iria á parar á la casa de Orates. Por este motivo me atrevo á dar á todos el siguiente viejo consejo formulado de este modo en regla general: — Pocos se arrepienten de haber callado, muchos de haber hablado.

¿Quién puede asegurar que no es loco?

¿Quién puede asegurar que no es tonto?

Confieso que estas dos preguntas me han tenido varias veces perplejo. ¡Dios libre al lector de semejantes dudas! — Prosigo.

Don Salustio pasó á un café y pidió un vaso de limonada para refrescar sus ideas. Un caballero extranjero, de aspecto venerable, ancha frente despojada de cabellos, barba canosa y patriarcal, como de cincuenta años de edad, bebia en una mesita contigua á la en que él se sentó un vaso de grog. — Este es algun filósofo, se dijo para sí don Salustio.

— Caballero, dijo dirigiéndole la palabra, ¿qué piensa Vd. de la vida?

El extranjero lo miró, sorbió un trago, y luego contestó muy seriamente: — La vida es nacer y morir.

— Bien decía yo que era un filósofo, pensó don Salustio; luego añadió en voz alta: — ¿Segun eso, lo mejor es no nacer para no tener que llorar ni morir?

— Seguramente, le contestó el extranjero; pero como nadie puede evitar la fatalidad de nacer, buscamos alivios á nuestros males para no tener que llorar, y alejamos por medio de estratagemas la hora de morir.

— ¿Y dónde encontrar esos alivios de que habla Vd.?

— Hay hombres dedicados al alivio de la humanidad doliente. Yo soy uno de ellos.

— ¿En verdad!

— Caballero, soy pedicuro, dijo el extranjero haciendo una inclinacion de cabeza.

— ¡Hombre! exclamó don Salustio; ¡y yo que le creía á Vd. francés!

— No se engañaba Vd., yo soy el mismo M. Coropié, pedicuro de S. M. el emperador de Haiti, miembro de la sociedad de flebotomistas de Lóndres, corresponsal de la de Berlín, etc., etc. ¿Necesita Vd. de mis servicios?

— ¡Qué hombres produce la Francia! exclamó don Salustio.

— ¡Oh! ¡la Francia! gritó entusiasmado M. Coropié, ¡patria de Voltaire y tambien mia!... ¿Qué poder puede compararse al suyo? — Caballero, la mitad de la Francia tiene agarrada á la humanidad por la cabeza, la otra mitad por los pies. Nosotros, franceses, somos ó peluqueros ó pedicuros.

Don Salustio pagó su vaso de limonada, y salió del café repitiendo allá en sus adentros: — ¡Y dicen que estoy loco!

Al salir del café se encontró con dos personas conocidas que conversaban paradas en la puerta. Una de ellas lo detuvo y le dijo: — Don Salustio, díganos Vd. francamente si es opositor ó ministerial.

— Caballero, contestó don Salustio, una ley de Solon castigaba severamente al ciudadano que no tomaba un partido en las disensiones políticas de Atenas. Yo no manifestaré mi opinion mientras no venga un gobierno que sancione una ley análoga.

Y siguió sereno su camino.

— Este don Salustio, dijo uno de los dos, con su aire melancólico y profundo, me parece un mentecato perfecto.

— ¡Hombre! no puede ser, contestó el otro; si es diputado al Congreso.

— ¡Oh! ¡entonces!

Don Salustio tenia amistad con un boticario italiano. (En esto de vender drogas es sabido que los italianos han sobresalido desde tiempo inmemorial.) Le explicó fria y claramente el asunto en dos palabras. — He mirado la vida por todos sus lados y ninguno me ha sonreído, le dijo. He pasado los goces y las miserias de este mundo, y he visto que la balanza se inclina al lado desfavorable. Además, estoy intimamente convencido de que solo la muerte puede revelarnos el secreto de la vida: de suerte que Vd. me hará un gran bien indicándome un medio de salir de este mundo sin hacer ruido y sin que el cuerpo tenga mucho que sufrir.

El boticario, con una calma que hubiera envidiado un lord inglés, le preparó en pocos momentos un tósigo que debía darle la muerte mas dulce que se conocia. Don Salustio envolvió cuidadosamente el frasquito que lo contenia, y al mismo tiempo de retirarse le dijo: — Amigo, le dejo á Vd. el encargo de escribir mi necrología.

Luego que llegó á su casa, empezó á hacer los preparativos de su último viaje. De un cajon de su escritorio sacó un atado de tarjetas, y al pie de cada una de ellas escribió: *se despide para el otro mundo*. Despues las cerró en su sobre correspondiente y las dirigió á cada uno de sus amigos y conocidos. Junió las puertas y ventanas, echó una última mirada al sol que seguia tranquilo su carrera sin preocuparse de que hubiera un hombre de mas ó de menos sobre la tierra, se tendió sobre su poltrona y apuró el tósigo con una calma y una serenidad admirable.

Las últimas palabras de un moribundo han inspirado siempre mucho interés. Quizá los hombres creen encontrar una revelacion de la otra vida. La vanidad, que es el último sentimiento que nos abandona, hace generalmente que los que mueren dejen algo escrito para que todavía se ocupen de ellos despues de muertos. Nuestro héroe, que era un hombre excepcional, no se preocupó en nada de la sociedad, y solo pensó en salir lo mas pronto posible de este mundo sin dejar mas rastro detrás de sí que la tarjeta de despedida enviada á sus amigos.

Luego empezó á sentir una pesadez en todo el cuerpo y cierta languidez que no dejaba de tener su encanto. Ya que la muerte es una cosa necesaria, es probable que produzca una sensacion agradable como la satisfaccion de toda necesidad. Sus ideas se embrollaron, su razon lo abandonó, y poco á poco se fué alérgando hasta quedar en la inercia de la muerte.

V.

Omnia mors poscit; lex est, non pena, perire.

Confieso que pongo aquí este latin por echarla de sabio; en mi vida he estudiado la lengua de Horacio y de Virgilio. Sé que trata sobre la muerte, y esto basta á mi propósito.

Buffon escribió un artículo tan bello sobre la muerte, que al leerlo dan ganas de morir. Teoría de sabio. He visto últimamente morir un hombre, y puedo asegurar que no hay cosa que inspire mas terror y compasion. Al contemplar los horribles sufrimientos y la desesperacion causada por la desorganizacion del cuerpo, un pensamiento tal vez temerario cruzó por mi mente. ¿Qué razon tienen los hombres, me dije, de adorar á aquel que pudiendo haber evitado el mal hizo que por el contrario fuera herencia de la humanidad?... A veces me han venido tentaciones de creer que los hombres obedecen solo al terror.

Dije que habia visto últimamente morir una persona. Mientras duraba la agonía y cuando toda la familia estaba entregada á la desesperacion, el sacerdote encargado de administrar los últimos auxilios, dormia tranquilamente en un sofá al lado del lecho mortuario. ¡Y eran las doce del dia! Cuando recuerdo el contraste que hacia la figura de este buen clérigo al lado del dolor, me dan ganas de reir, pero las lágrimas se me vienen á los ojos...

Todo muerto es importuno. Si no fuera que estamos ligados por algun lazo de parentesco ó amistad con los que nos sobreviven, y que tienen cuidado con nuestros pobres cuerpos, nos echarian al carro como una inmunidad que se arroja con enojo.

Al esparcirse la noticia del fallecimiento de don Salustio, solo tres personas concurrieron á su casa, el boticario, don Braulio y don Pedro Pablo. Sus demás amigos al encontrarse en la calle se saludaban diciendo: — ¿Con que murió don Salustio? no hace mucha falta. Y esta fué toda su oracion fúnebre. Su hermano, que heredaba su fortuna, se apresuró á poner un gran crespon á su sombrero.

Los tres amigos entraron á la pieza y encontraron á don Salustio tendido en su poltrona con el rostro lívido y descajado: — ¡está muerto! dijo don Braulio.

El boticario se sonrió.

Don Pedro Pablo y don Braulio empezaron á murmurar entre dientes un Padre nuestro y un Ave María.

El boticario sacó de su bolsillo un frasquito y vació en una cuchara algunas gotas del líquido que contenia; luego se las hizo beber al muerto. Con asombro de los otros dos amigos, los colores empezaron á volver al rostro de don Salustio, y al poco rato abrió tranquilamente los ojos.

— ¡Caballeros! exclamó don Salustio viendo tres personas en su cuarto; dispensen Vds., me habia quedado dormido.

Don Braulio no hallaba qué pensar del prodigio operado por el boticario delante de sus ojos. Don Pedro Pablo creyó que el italiano era un nuevo Cagliostro.

— ¿Y cómo ha ido por el otro mundo? le preguntó el boticario.

— ¿Por el otro mundo? contestó don Salustio como quien no entiende bien lo que se le pregunta. ¡Ah! ya estoy, añadió sonriéndose; escúchenme Vds., les haré una relacion de mi viaje.

Que este mundo está lejos de ser perfecto, es una verdad incontestable.

Que habiendo, segun noticias que tenemos, otro mejor, tratemos de ir á él, es una consecuencia natural y precisa.

Esto fué lo que yo hice ó traté de hacer.

Llegado que hube á las regiones de la eterna beatitud, un maestro de ceremonias me colocó en un punto desde donde podia contemplar la faz del Todopoderoso, gloria reservada á todos los elegidos. Sin duda los primeros momentos fueron bien agradables, pues siempre he tenido un verdadero placer en contemplar la figura de los grandes hombres; pero ¡ay! la monotonía, aun en el placer, trae al fin el fastidio.

Tal vez llevaba todavía parte de mi naturaleza terrestre, pues la envidia empezó á picarme el corazon. Ví que la igualdad de los goces, proclamada en las leyes fundamentales del cielo, no era observada con exactitud. Aquellos que en la tierra fueron canonizados gozaban de mas prerogativas que nosotros los simples inmortales, y aun entre ellos habia algunos cuya influencia, implorada en la tierra por los beatos, hacia variar á menudo los justos designios del Padre Eterno. Como enemigo que he sido siempre de los abusos y del favoritismo, me puse á borrar una cuartilla de papel en contra del gobierno celeste, y luego que hube concluido me fui en busca de una imprenta. ¡Ay! ¡era mueble desconocido en el paraíso! Interpelé entonces á los ministros de Dios, y por respuesta suscitaron en mi contra una turba de almas que en la tierra habian habitado cuerpos de beatos y fanáticos, llamándome hereje, ateo y malvado, y pidiendo que me arrojaran del paraíso, como en otro tiempo se hizo con Adán por haber probado del fruto prohibido. Para evitar una injusticia, yo mismo me condené al ostracismo y eché á correr por las esferas celestes perseguido por una multitud de almas atrabiliarias, hasta que próximo á ser alcanzado, me desperté con gran sorpresa mia, en ese mundo que para siempre creia haber abandonado.

— ¿Entonces, fué un sueño? dijo admirado don Braulio.

— Sueño ó realidad, lo mismo es para mí. ¿Quién tiene conciencia de su existencia mientras duerme?

— Caballeros, dijo el italiano, puedo asegurarles que á la fecha nuestro amigo es otro hombre. Veo que se ha operado en él un cambio favorable. Lo que siento solamente es que no haya alcanzado hasta los infiernos: tenia curiosidad de saber si existia todavía en la puerta la inscripcion que vió el Dante cuando viajó por esas regiones.

— Amigos míos, dijo don Salustio, ya que la suerte hizo que nacieramos en este planeta, quedemos en él hasta que naturalmente tengamos que abandonarlo. La vida, es cierto, no es cosa que halague mucho; pero pudiendo comprenderla tal vez no se haga tan odiosa. Señor don Pedro Pablo, esta noche misma me hago poner las bendiciones...

— Crea Vd. que será uno de los dias mas felices para mí y para mi hija, contestó don Pedro Pablo.

— Amigo don Braulio, continuó don Salustio, de aquí en adelante, seré un comensal mas amable; espero beber con Vd. buenos tragos de mosto.

— Mi mesa estará siempre puesta para Vd., amigo mio.

— Creo que la felicidad empieza á sonreírme, dijo don Salustio. ¡Ojalá no sea una ilusion pasajera!

¡Dichosos aquellos que no piden á la vida mas de lo que ella puede dar! Lector amigo, sufre con paciencia los males inevitables, goza cuanto y de cuanto puedas, y te aseguro que si no eres feliz andarás muy cerca de serlo.

JOSÉ ANTONIO DONOSO.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— Pues bien, aborrezco la tenería, dijo con presteza. Y luego repuso con mas serenidad:

— Sin embargo, no voyais á pensar que tenga intencion de aborrecerla siempre; quiero por el contrario acostumbrarme á ella como tantos otros, que no valen menos que yo y se han acostumbrado á cosas peores. Está muy mal aborrecer lo que nos da el pan, sobre todo cuando no se tienen otros recursos.

— Eres muy juicioso para tu edad.

— No os burleis de mí; no me creais tampoco peor de lo que soy, y sobre todo, no penseis que no esté agradecido á vuestro padre, á quien debo mi primera probabilidad de bienestar; si pongo un pie en la escala podré subir mas arriba.

— Lo creo, respondí; pero me parece que has pensado ya mucho en esas cosas.

— Sí, no me falta tiempo para pensar; ¡si siquiera pudiese aprender á leer!

— Supongamos que un dia sucedieras á mi padre; ¿te gustaria el oficio?

Reflexionó un instante; su rostro franco le vendió, y dijo con aire resuelto:

— Quisiera ser cualquiera cosa, con tal de que fuera honrosa la profesion. Poseo el principio que el estado no hace el hombre, sino que es el hombre quien hace el estado.

— Está bien, me alegro mucho. Sin embargo, continué observándole con atencion, creo que podrias ser lo que se te antojara.

John se echó á reir.

— Es dudoso, al menos por ahora. En fin, soy el mozo que guia la carreta de vuestro padre y que trabaja

ja en la tenería; y soy además vuestro servidor, Phineas Fletcher.

Y con un aire entre serio y de broma descubrió su hermosa cabeza, y me hizo un saludo que contrastaba tanto con el resto de su persona, que me acordé involuntariamente del Testamento griego y de las palabras: «Guy Halifax, gentleman.»

La tarde había pasado hablando; pero yo me hallaba poco dispuesto á separarme de mi amigo. De repente le pregunté dónde vivía.

— ¿Qué queréis decir?

— ¿Qué dónde vives? ¿Dónde comes?

— ¡Oh! No tengo mucho tiempo para comer y beber.

Ordinariamente como por los caminos donde encuentro muchas zarzamoras, lo que ya es algo. Luego cenó lo que puedo hallar, y me gusta comer sobre este montón de cortezas cuando todos los obreros se han marchado. Vuestro padre me permite que me quede aquí.

— Pero ¿dónde duermes?

Vaciló un instante, se sonrojó, y dijo:

— Duermo donde puedo, por lo comun aquí.

— ¡Cómo! ¿Al aire libre?

— Justo.

Me quedé atónito. ¡Acostarse al aire libre como un vagabundo!... Esto me parecía el último escalón de la miseria humana.

— Voy á deciroslo todo, repuso sentándose á mi lado como si hubiese adivinado mi silencio. Gano tres che-lines por semana, lo que hace unos cinco pence por día, de los cuales gasto tres en comer. Soy robusto, estoy creciendo y tengo hambre. Me quedan pues dos pence para pagar mi habitación. He querido saber cómo y con quién estaba uno alojado por ese precio.... y prefiero mi cama de cortezas.

— ¡John!

— No es motivo para que os aflijais; no sabeis cuán agradable es dormir al aire libre. ¡Es tan bueno despertarse en medio de la noche y ver brillar las estrellas encima de la cabeza!

— ¿Pero no hace mucho frío?

— No siempre. Hago un hueco en las cortezas y me meto en él como una marmota, envuelto en esa manta que me ha dado uno de los obreros. Luego todas las mañanas muy temprano me meto en el río, y esto me calienta para todo el día.

Yo me estremecí pensando en la frialdad del agua; y sin embargo, á pesar de aquella vida tan mala que llevaba, aquel joven era la imagen perfecta de la salud. ¡Ay! ¡cuánta envidia le tenía!

Pero una vida así no podía durar mucho.

— ¿Qué harás cuando llegue el invierno? le pregunté.

Tomó un aire grave.

— No lo sé, me respondió; supongo que me arreglaré de un modo ú otro, como los pájaros, continuó sin pensar en lo justa que era aquella comparación entre él y las criaturas del aire que Dios alimenta.

Mi pregunta le había dejado pensativo, y durante un rato guardó silencio.

— John, le dije al fin, ¿te acuerdas de la mujer que te habló en la calle con tanta dureza cierto día?

— Sí, nunca olvidaré lo que me sucedió aquel día, me respondió.

— Fué mi criada en otro tiempo, y no es tan mala como parece, aunque las pesadumbres hayan agriado su carácter. Su hijo mayor, que ha sentado plaza, Bill, guiaba la carreta antes que tú.

— ¿Ah? murmuró John en tono interrogatorio.

Pues yo era lento en explicar mis planes, es decir, la parte de mis planes que juzgaba oportuno comunicarle.

— Sally es pobre, repuse; los dos pence que la podrías dar la serían útiles, y si quieres que la hable, podrías tener la guardilla de Bill para tí solo. Creo que deberías probar.

— Yo lo creo tambien; sois muy bueno, Phineas.

No dijo mas que estas palabras, pero el tono con que las pronunció quería decir muchas cosas.

Yo me fui á mi carricoche decidido á no dejar para otro día la ejecución de mi proyecto. Pedí á John que me siguiera á casa de Sally Watkins, despues de haber encargado á uno de los obreros que dijese á mi padre que yo había vuelto á casa con John Halifax. Era sorprendente ver mi ánimo entonces que pensaba y obraba en favor de otro.

Muy luego llegamos á la casa de la criada Watkins.

Esta casa tenía una apariencia mas miserable de lo que yo me había figurado; pero al recordar el martirio de limpieza que me había hecho sufrir en mi infancia, recobré al una esperanza para John.

Sally estaba sentada en su cocina remendando una chaqueta que había pertenecido á Bill hasta el momento en que reemplazada por el chaqueton encarnado le había tocado á Jem, su segundo hijo. Pero Bill llenaba todavía el corazón de la pobre madre, que no hacía mas que llorar por él. Se hallaba tan entregada á sus pensamientos, que no pareció reconocer al muchacho á quien trató tan mal el día en que yo le había conocido.

Consintió inmediatamente en recibirle en su casa; pero dejó escapar un movimiento de sorpresa, cuando la dije yo que era mi amigo.

Arreglamos pues el asunto, y mientras John subía á ver su cuarto, yo hablé con ella un instante en particular. Sabía que podía contar con la discrecion de Sally, y además me agradaba ayudarla un poco. La pobre mujer me prometió guardar el secreto y tener un cuidado particular con mi amigo.

Cuando este bajó le recibió muy afable; le dijo que

sería para ella un consuelo el saber que la cama de Bill estaba ocupada por un muchacho que daría vueltas por la casa como su pobre hijo.

— Y luego, añadió, me ayudará de cuando en cuando en la cocina; ¿no es verdad?

— Seguramente, respondió John.

Antes de partir quise ver su cuarto; él me llevó arriba, y nos sentamos en la cama del pobre Bill. Esta cama se componía de un costal de paja y de dos mantas. Obtuve de Jael aquel mismo día, aunque no sin trabajo, un par de sábanas, el único que tuvo mi amigo durante mucho tiempo. La guardilla era muy baja y estrecha; pero John estaba en ella contentísimo.

— ¡Seré aquí tan dichoso como un rey! exclamó; ¡mirad por la ventana!

La ventana era en efecto la mejor que había; se podía salir por ella al tejado, y entonces se disfrutaba de la vista mejor de Norton Bury. Por un lado se veía el pueblo, la abadía, y mas allá vastos prados y hermosas colinas: por el otro el inmenso Ham, la plateada curva del Saverne y el paisaje que llegaba á las azuladas cuestas que se elevaban en lontananza.

Todo esto formaba un cuadro cuya variedad y encanto hablaban al alma mejor que miles de volúmenes.

— ¿Te gusta tu palacio, John? le pregunté despues de haber examinado la expresion de su fisonomía; ¿te conviene?

— ¡Si me conviene!... exclamó.

Y mi corazón se regocijó con el suyo.

¡Querida guardilla! ¡tan cerca del cielo, tan cerca, que la lluvia penetraba en ella á menudo; que el sol que bañaba el tejado la convertía á veces en un horno, y que en invierno la nieve amontonada la quitaba la luz!... Y sin embargo, ¡qué momentos tan buenos hemos pasado allí juntos! ¡Cuántas veces nuestro recuerdo nos ha llevado á ella!

IV.

El invierno comenzó muy pronto aquel año.

Fué una estación bien triste y bien larga para mí, mas triste y mas larga que mis inviernos le eran inevitablemente. No salí una sola vez de mi cuarto; no vi mas que á mi padre, al doctor Jessop y á Jael.

Sin embargo al fin, armándome de valor manifesté á mi padre el deseo de ver á John Halifax.

— ¿Y porqué deseas verle?

— Por verle nada mas.

— Un chico empleado en la tenería no es una compañía conveniente para tí. Déjale donde está, y andará su camino, si tú no tratas de hacerle salir de su condicion.

¡Hacerle salir de su condicion! Convine con mi padre en que esto era imposible; es verdad que diferíamos esencialmente en cuanto á la definicion de la condicion. Pero temiendo perjudicarlo y conociendo que su porvenir dependía de las buenas gracias de mi padre, me guardé bien de discutir con él; únicamente aproveché todas las ocasiones, que no eran muchas, para enviar á John un billete estrito con caracteres de imprenta, porque sabia que los podía leer, uniendo á estos dos ó tres libros buenos para instruirle y para desarrollar su entendimiento.

Luego esperé con ardor la vuelta de la primavera, bien seguro de verle entonces, sin hacer inútiles tentativas. Le conocía demasiado y estaba yo demasiado celoso de su propia dignidad para tratar, con instancias ó con estratagemas, de atraerle á una casa donde no era bien recibido, aunque esa casa fuera la de mi padre.

Un día del mes de febrero, cuando ya había comenzado á deshacerse la nieve, resolví aventurarme hasta el umbral de la puerta para respirar el aire puro.

Bajé pues arrastrándome á la sala, y de la sala me arrastré al jardín.

Jael murmuraba, y mi padre por el contrario me animaba á su manera.

¡Pobre padre! Creía que el hombre está enfermo porque quiere estarlo, y pensaba que yo habría podido hacer mucho para curarme, si hubiese tenido buena voluntad.

Aquel día me sentía fuerte; experimentaba una alegría indecible al ver un poco de yerba cuando me paseaba bajo los tibios rayos del sol. Me sonreí viendo una pálida hilera de campanillas blancas, flores que se habían alineado como prisioneros de guerra que van á fusilar; pero en el mismo instante, tuve remordimientos de conciencia por esta sonrisa, acordándome del pobre Bill Watkins, que habiendo sido hecho prisionero en el mes de diciembre, despues de la batalla de Maguncia, había sido fusilado como espía, por los franceses. ¡Pobre Bill! ¡tan joven! ¿no habría sido mejor para él el quedarse en nuestra tenería?

(Se continuará.)

Sucesos de Nápoles.

Garibaldi sin otros tropiezos que el combate de Reggio y algunas escaramuzas de poca importancia llegó á Nápoles, donde fué recibido con un entusiasmo extraordinario. Llegó á poco de haber salido el monarca napolitano, sobre cuya salida tenemos que señalar estos curiosos pormenores.

Abandonado de todos sus cortesanos y afectado por las numerosas dimisiones que le presentaban los generales, jefes militares y altos dignatarios de la corte y

de la administracion pública, anunció á los jefes de la guardia nacional su resolucion de marchar, confiando la seguridad de la plaza á su patriotismo; firmó la protesta que se ha entregado á las córtes extranjeras, y que había sido redactada por Martino, y su alocucion al pueblo escrita por Liborio Romano, y aconsejó al ministro que conservase la autoridad hasta que entrase Garibaldi, y que se disolviera el gabinete para organizar otro en Gaeta.

«Evitad (les dijo) que se vierta una sola gota de sangre. Los marinos y los soldados (añadió dirigiéndose á Garofolo, ministro de Marina), son hoy demasiado italianos para combatir á Garibaldi, pero cuando este quiera llevarlos á Venecia serán entonces demasiado realistas.» Ultimamente tuvo una larga conferencia con Spinelli, presidente del consejo de ministros, y con Martino, ministro de Negocios extranjeros, y que con el príncipe Forella cumplieron con los deberes que tenían para con el rey, con el Estado y con su propia conciencia. Francisco II rubricó algunos decretos de recompensas para sus servidores mas adictos y conmutaciones de penas, dió orden de inutilizar las máquinas de fundicion de artillería, que no se llevó á efecto, y bajó por una escalera secreta para embarcarse á bordo del buque de guerra español que le aguardaba; el rey se mostraba firme, sereno y muy digno; la joven reina profundamente conmovida.

Al embarcarse el rey dirigió á Spinelli, que le había acompañado hasta el mismo muelle, estas palabras apretándole la mano: «Spinelli, habeis estado siempre lejos de mí haciéndome una ruda oposicion; ahora sois el único que está á mi lado, que no me abandona; Spinelli, nunca lo olvidaré.»

El rey Francisco II salió de Nápoles á los ciento veinte y seis años de haber entrado en aquel reino Carlos III. La dinastía de los Borbones como las anteriores, no ha podido pasar allí de la quinta generacion, y ha sucumbido violentamente.

El rey se retiró á Gaeta, donde permanece aun fortificado entre Gaeta y Capua, con unas fuerzas que unos dicen de treinta mil y otros de cincuenta mil hombres.

Una vez en Nápoles Garibaldi, lejos de proclamar la anexion como todos deseaban y es de desear para el porvenir de la Italia, declaró que la anexion no se verificará sino cuando él haya tomado á Roma, guardada por las tropas francesas, y se ha puesto en abierta oposicion con el gobierno de Victor Manuel. Hé aquí una correspondencia de Turin donde se explican brevemente estos hechos:

«El divorcio de Garibaldi y de Cavour es ya irrevocable y definitivo. El diario oficial de las Dos Sicilias publica esta carta-manifiesto: «Al abogado Brusco de Génova. — Querido amigo: Me asegurois que Cavour da á entender hallarse de acuerdo conmigo y ser mi amigo. Puedo aseguraros, que dispuesto como lo he estado siempre á sacrificar sobre el altar de la patria cualquier resentimiento personal, no podré reconciliarme jamás con hombres que han humillado la dignidad nacional y vendido una provincia italiana.—GARIBALDI.»

La importancia de esta declaracion se acrece cuando se piensa que es la respuesta que da Garibaldi á los elogios que de sus hazañas hacia en su *Memorandum* á la Europa el conde de Cavour. ¡Justísimo castigo!

La Sicilia se agitaba dividida por tres partidos: el constitucional que quiere la autonomía y la convocacion de un Parlamento nacional, quien maduramente disponga de los destinos de la isla; el anexionista, á cuyo frente estaban Depretis, Piola, Cordona y los piemonteses, y el mazziniano, que sin rechazar en público la monarquía de Victor Manuel, quiere la guerra hasta alcanzar la unidad de toda la Italia y su constitucion en una gran república federal como la de los Estados Unidos.

El partido anexionista había aprovechado últimamente el entusiasmo popular producido por la campaña de las Marcas y el disgusto causado por algunas medidas del dictador que parecían encaminadas á confundir á la Sicilia con Nápoles, cosa que es á los sicilianos lo mas antipático de todo, para preparar una manifestacion en favor del reino de Italia y de Victor Manuel. Garibaldi lo sabe, nombra al general Sirtori, republicano y confidente suyo, vicedictador en Nápoles durante su ausencia, y se embarca para la Sicilia, llegando á Palermo el 18 de madrugada.

Inmediatamente reúne el pueblo debajo de los balcones de su palacio, y le dirige el siguiente discurso:

«Pueblo de Palermo, con el cual he dividido fatigas, peligros y glorias, hoy me encuentro en medio de tí. Tu memoria me es grata, y en cualquier region del mundo donde yo me encuentre mi pensamiento estará fijo en tí.

Los que quieren precipitarte á una anexion intempestiva, te dirigan por una senda fatal. Si hubiéseis seguido su consejo no habría pasado el estrecho y dado á la Italia siete millones de hombres (*aplausos*). Ellos os habrían postrado ante la diplomacia obligándoos á deteneros. Habrían permanecido del otro lado del Volturino hermanos que todavía tienen cadenas en sus piés (*aplausos estrepitosos*). Pueblo de Palermo, te doy las gracias en nombre de la Italia por esta actitud.

Yo amo la Italia y á Victor Manuel. Ninguno es mas leal amigo que yo de Victor Manuel, que con razon es el representante de la Italia. Tú despreciaste, pueblo invicto, desde las barricadas, los consejos de los cobardes. Te doy de nuevo las gracias (*aplausos*).»

El pueblo se dispersa á los gritos de Garibaldi, y por la noche el fraile Giovanni Pantaleone, orador popular



UNIFORMES DEL EJERCITO DE GARIBALDI.

Guardia nacional napolitana. Oficial de artillería. Oficial de estado-mayor. Cuerpo distinguido. Comandante inglés. Voluntario italiano. Oficial de bersaglieri.
Legion de Calabria. Oficial italiano. Oficial inglés. Soldado con capote.

y que ha acompañado desde Nápoles al dictador, reúne de nuevo a la muchedumbre en la vía de Toledo y le predica en el mismo sentido, ensalzando a Garibaldi.

El partido de la anexión está vencido. Depretis y todo el ministerio tienen que abandonar el poder. Mordini es nombrado vicedictador de la Sicilia, Fabrizi ministro de la Guerra, Parisi del Interior, Tamayo de Seguridad pública, Viola de Justicia, Ugdalena de Cultos, Orlando de Obras públicas, y Perauni de Hacienda.

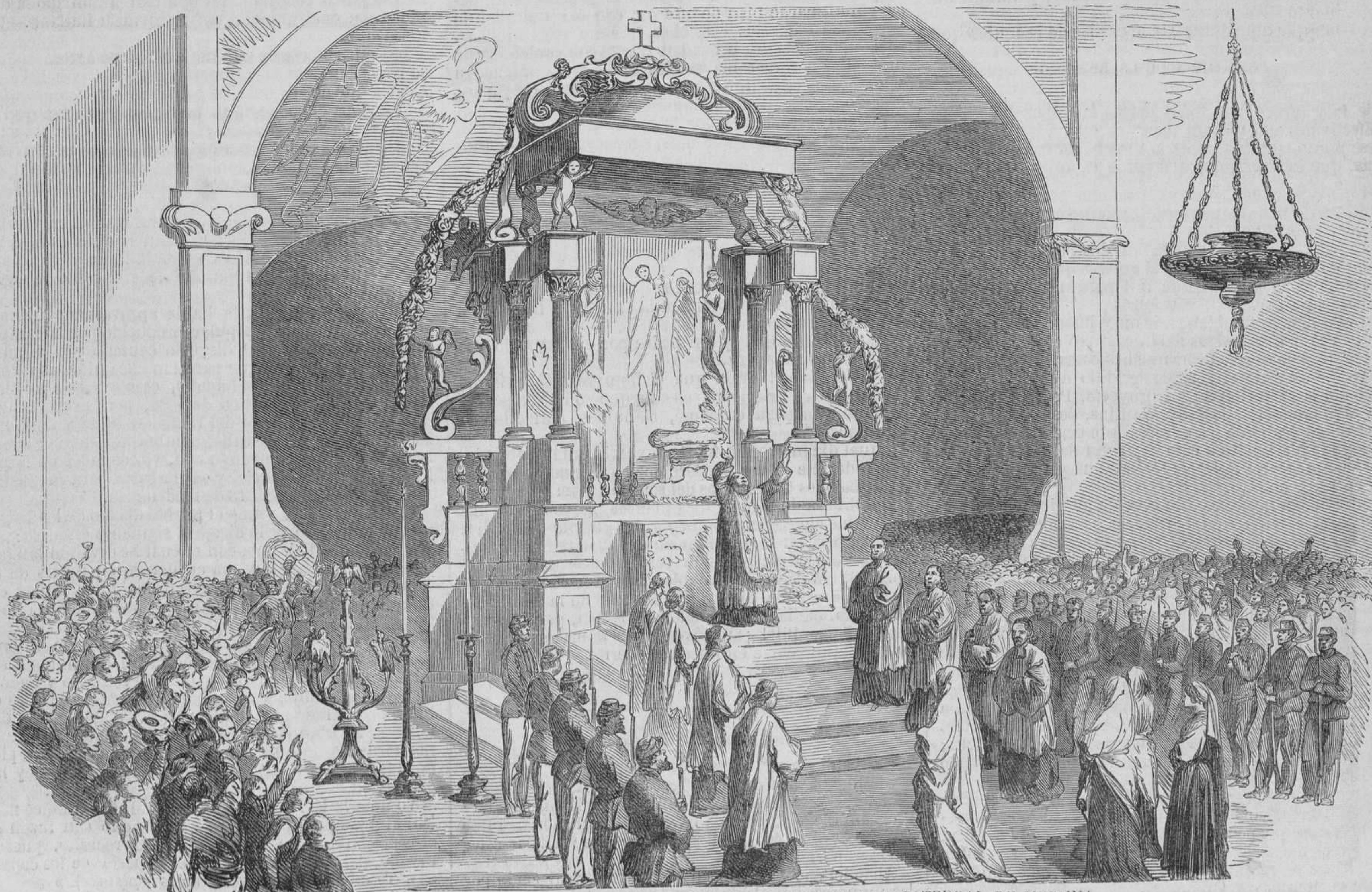
Todos son sicilianos, y en su mayoría profesan opiniones republicanas. El dictador se reserva en Nápoles la dirección de los Negocios extranjeros de todo el reino. Al propio tiempo Sirtori, su segundo en Nápoles, impide que la escuadra siga al almirante Persano á Ancona, diciendo que el dictador la necesita para bloquear á Gaeta y conquistar mas tarde á



CAPELLAN VOLUNTARIO

Venecia; y para dar, añade, una muestra de confianza á la guardia nacional napolitana, quita la custodia del fuerte de San Telmo á las compañías de cazadores piemontesas que los buques sardos habian desembarcado en Nápoles.

Uniendo la política á las armas con sus manos, Garibaldi proclama el Estatuto sardo, confiscando los bienes de los jesuitas, establece colegios para los pobres, manda cesen los privilegios de los nobles en vida y muerte, prohibiendo los entierros en las iglesias, decreta la novena célebre de San Genaro, y embarca á bordo de todos los buques que halla disponibles 15,000 hombres, con los cuales desembarca en Garigliano, situándose así entre Capua y Gaeta y amenazando la primera de estas plazas, á la que separa del grueso del ejército real. Veremos si en este segundo período de la campaña es tan feliz como en el primero.



LA VICTORIA DE REGGIO ANUNCIADA AL PUEBLO POR EL CLERO EN LA CATEDRAL DE MESSINA.

La estatua de Nuestra Señora de Francia

EN EL PUY, POR M. BONASSIEUX.

Hace mucho tiempo que se habia ocurrido la idea de levantar una estatua colosal en el punto que la ciudad



ELEVACION DE LA ESTATUA.

Anis y los tres valles abiertos á sus piés, en medio de un horizonte de montañas sobrepuestas como una gigantesca gradería.

La diócesis del Puy formada en gran parte del antiguo y religioso Velay, resolvió llevar á buen término la ejecución de esa idea, haciendo elevar en el sitio indicado una estatua de Nuestra Señora de Francia.

Gracias á la iniciativa de monseñor de Morlhon, obispo del Velay, el 5 de setiembre de 1855 se abrió una suscripción en toda Francia, y el 19 de abril de 1856 el emperador, además de un donativo en dinero, ofrecia á monseñor de Morlhon 150,000 kilogramos de fundición de hierro, procedente de los cañones tomados por los vencedores de Sebastopol.

M. Bonassieux, que fué el encargado de la ejecución de esta obra gigantesca, ha sabido comprender el destino de la obra, al mismo tiempo que ha dado pruebas de un mérito artístico consumado. De una idea magnífica ha sabido hacer una magnífica cosa. Su obra es de esas que honran al tiempo, así como al país que las vió nacer.

La estatua de Nuestra Señora de Francia tiene proporciones colosales.

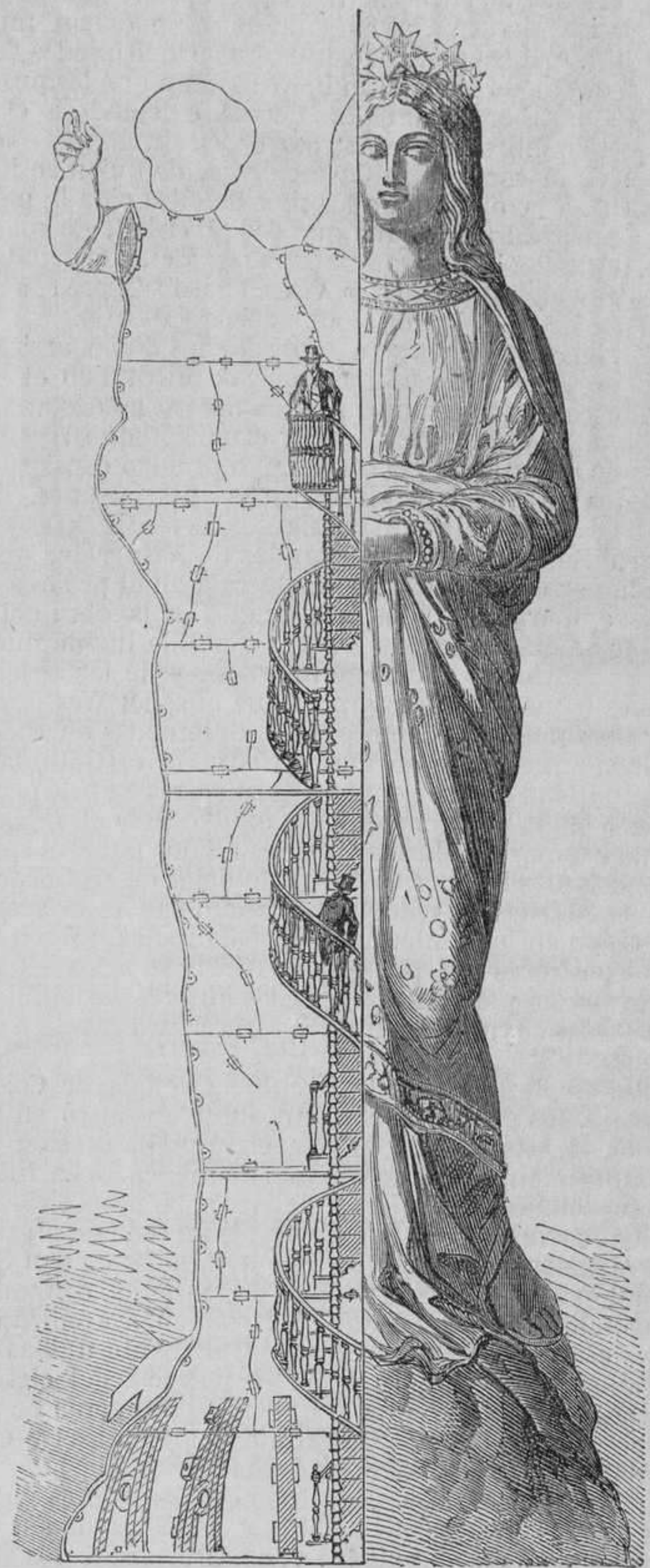
El peñon donde ha sido colocada se eleva á 157 metros sobre el nivel del mar; su pedestal tiene 7 metros de altura, y la estatua tiene 16 metros sobre su pedestal. El ante-brazo tiene 3 metros 75 centímetros, y la mano 1 metro 55 centímetros. En fin, en el punto de su mayor desarrollo, tiene 17 metros de circunferencia.

Sobre una media esfera de 5 metros de circunferencia, la estatua está en pié, aplastando la cabeza de una enorme serpiente, y teniendo en los brazos un Jesus que bendice la ciudad del Puy y la Francia.

El peso del grupo entero es de 100,000 kilogramos.

MM. Prenat y compañía de Givors (Loira) han hecho la fundición, que ha salido perfectamente, lo que ase-

gura á esta casa un puesto eminente en su industria. Quedaba por efectuar la ascension sobre un peñon á pico y casi en el vacío, de esos inmensos trozos de fundición; tarea difícil que han llevado á cabo MM. Sol-



ESCALERA DENTRO DE LA ESTATUA.

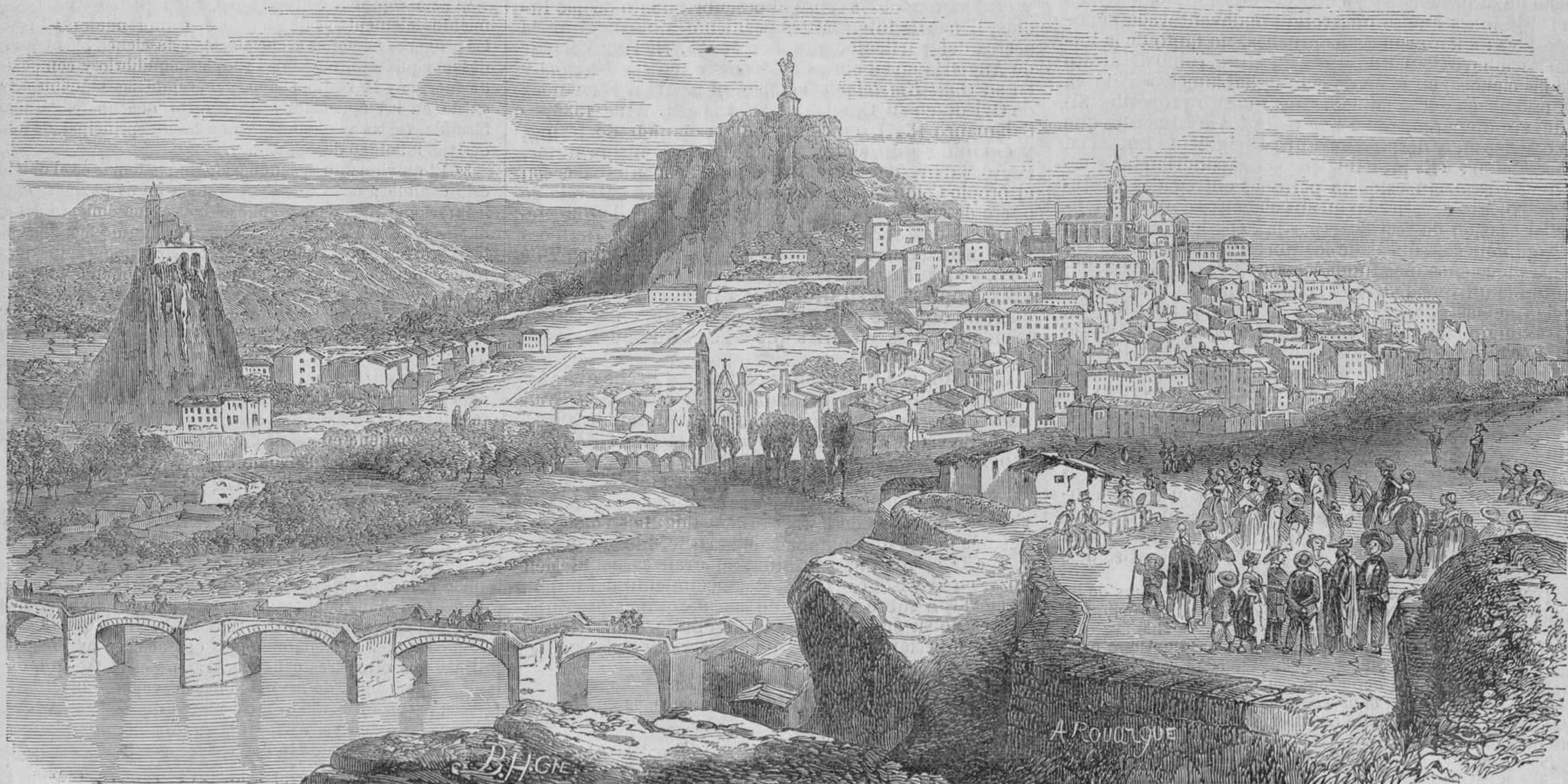


PEDESTAL QUE SIRVE DE VESTIBULO PARA SUBIR POR DENTRO DE LA ESTATUA.

de Puy ofrece por todas partes á los ojos del viajero. Efectivamente, ningun lugar es mas á propósito que ese punto culminante de la meseta central de la Francia, que ese peñon que domina la antigua ciudad de

vain y Micciolo con una precisión y rapidez que han merecido todos los elogios.

La inauguración de esta estatua colosal tuvo lugar el 12 del mes último. V. C.



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DEL PUY DESPUES DE LA INAUGURACION DE LA ESTATUA.

Cristóbal Colón y la Universidad de Salamanca.

(Continuación.)

«Así que Christoval Colón se vino á la corte del Rey D. Fernando, e la Reyna Doña Isabel, e les hizo relacion de su imaginacion, al cual tampoco no daban mucho credito, e el les platicó, e dijo ser cierto lo que les decia, e les enseñó el Mapa-Mundi, de manera que les puso en deseo de saber de aquellas tierras, e dejando á el llamaron hombres sabios Astrologos, e astrónomos e hombres de la corte de la Cosmografía, de quien se informaron, e la opinion de los mas de ellos oída la plática de Christoval Colón, fue que decia verdad, de manera que el Rey e la Reyna se afirmaron á el, e le mandaron dar tres navios, etc. (1).» Véase cuánto difiere el amigo particular de Colón de lo que asienta su hijo.

El ya citado Irving es, como hemos dicho arriba, el primero á nuestro parecer, que ha difundido el error histórico de que estamos tratando. Pero no obstante las altas dotes de imparcialidad y erudición que reconocemos en el autor de esa obra, cuyo prólogo consigna las fuentes de que hace derivar sus apreciaciones, lícito nos será transcribir aquí las siguientes palabras del docto y erudito don Martín Fernández de Navarrete, que el traductor del señor Irving intercala en el prólogo (2): «Sin embargo (dice después de elogiar la obra del escritor americano) es de esperar que á la luz de nuevos documentos que vamos publicando, y de las observaciones á que den lugar, rectifique el señor Washington algunas noticias ú opiniones, que tomadas de fuentes menos puras, carecen aun de aquella certidumbre y puntualidad que se requiere para acercarse á la perfección.» Pudo por consiguiente equivocarse el señor Irving y tomar de algunas fuentes menos puras el suceso que estamos impugnando: pudo dejar de rectificar algunas noticias ú opiniones, y ser de estas la acogida de Colón en las conferencias de Salamanca. ¡Y son tantos los errores históricos que se rectifican todos los días! ¡Son tantas y de tan acreditados autores las opiniones y noticias cuya inexactitud la sana crítica revela á cada paso!!!

Refiere largamente Irving (3) la venida de Colón á España, los primeros obstáculos que encontró su proyecto, el estado de la guerra en aquella ocasión y el nombramiento del consejo de Salamanca. «La interesante conferencia, dice, relativa á la proposición de Colón, se verificó en Salamanca, gran sede española de las ciencias, en el convento de dominicos de San Esteban donde pasó Colón, alojado y mantenido con mucha hospitalidad, todo el tiempo del exámen.» Analiza después el estado de las ciencias íntimamente unidas á la religión y el dominio y preponderancia del clero, y después de decir que la asamblea se componía de profesores de astronomía, geografía, matemáticas y otros ramos de ciencias, algunos dignatarios de la Iglesia y muchos doctos religiosos, refiere que las gentes vulgares habian escarnecido á Colón y mofábase de sus proyectos, y añade mas abajo: «La pluralidad de los vocales estaba probablemente preocupada contra él, como suelen los altos empleados y funcionarios contra los pretendientes pobres.» Expone después las opiniones diversas que prevalecían en la junta, contrarias á Colón, y dice en otro lugar, apoyado en Remesal (Remesal) *Historia de Chiapa*, lib. 2º, cap. 7: «Se refiere que cuando empezó á explicar las bases de su doctrina, solo los frailes de San Esteban le escucharon, por poseer aquel convento mas conocimientos científicos que el resto de la universidad.» Después de seguir exponiendo las objeciones que se hicieron al malaventurado genovés, dice: «Pero son estas pruebas, no tanto de la imperfección particular de aquel instituto, como del atraso de las ciencias en la época de que hablamos.» Esto ya es mucho confesar en favor de nuestro propósito. Sigue, sin embargo, refiriendo todos los argumentos que se opusieron, y después estampá la siguiente imparcial apreciación: «Es probable que pocos pondrían tales reparos, y saldrían estos de personas entregadas á estudios teológicos, retiradas en sus claustros donde no tendrían ocasión de rectificar por la experiencia del siglo las opiniones erróneas de los libros. Se avanzarían sin duda objeciones mas fundadas y dignas de aquella distinguida universidad. Y debe también añadirse en justicia que las réplicas de Colón tuvieron grande peso para con muchos de sus examinadores...» «Entre muchos, continúa mas abajo, á quienes convencieron los ratiocinios é inflamó la elocuencia de Colón, se cuenta Diego de Deza, digno y docto religioso del orden de Santo Domingo, entonces catedrático de teología del convento de San Esteban (4) y después arzobispo de Sevilla.... No fué por consiguiente espectador pasivo en esta conferencia, sino que tomando un generoso interés en la causa de Colón, y favoreciéndola con todo su influjo, calmó el celo ciego de sus preocupados compañeros, y pudo conseguirle una apacible, ya que no una imparcial audiencia. Con sus unidos esfuerzos se dice

(1) No pudiendo consultar desde aquí algunas obras de las bibliotecas de la corte, como complemento del trabajo que nos hemos impuesto, nuestro querido y respetable amigo el doctor don Juan Castelló y Tagel, antiguo y dignísimo catedrático de la Facultad de medicina en la universidad central, se ha tomado la enojosa molestia de ayudarnos con su cooperación, facilitándonos copias é interesantes noticias que ilustran el texto de este escrito y justifican y apoyan nuestra opinión.

(2) Pág. 9.

(3) Lib. 2º, cap. 3º, 4º y 5º.

(4) Lo era de la universidad.

que atrajeron á su opinión á los hombres mas profundos de las escuelas.» Habla después de nuevas conferencias que se verificaron, y dice: «... y hasta aquellos que aprobaron el plan, le consideraban solo como una vision deliciosa, llena de probabilidades y promision, pero que nunca se realizaria.» Por último, después de consignar que las conferencias se interrumpieron en 1487, que Colón siguió á la corte y otros particulares mas, concluye: «... Lo cierto es que por entonces (1491) fray Fernando de Talavera dió á los reyes el dictámen de aquella docta corporacion. Informó á Sus Majestades de que en la opinion general de la junta era el proyecto propuesto vano é imposible, y que no convenia á tan grandes principes tomar parte en semejantes empresas y de tan poco fundamento.— Aunque tal era el dictámen general de la comision, Colón habia causado impresion profunda en muchos de sus ilustrados miembros, que le sostenian cuanto les era dable.»

En resumen, Irving, el mas explícito de los historiadores modernos que hablan de la venida de Colón á Salamanca, y el mas opuesto á la opinion que estamos sosteniendo, aunque apoyado en las mas ó menos respetables autoridades que cita en su obra, no está muy seguro de todo lo que refiere, puesto que lo funda mas de una vez en probabilidades y conjeturas, y afirma terminantemente que las réplicas de Colón tuvieron grande peso para con muchos de los ilustrados miembros de la junta, á quienes convencieron sus ratiocinios. Habla tan alto todo esto á favor de nuestro propósito, son estas conclusiones tan contradictorias con lo que sienta Irving en otros lugares, que casi prueba concluyentemente lo contrario de lo que en su obra se propone.

Hemos leído con mucho detenimiento el apéndice con que termina, comprensivo de documentos curiosos y eruditas ilustraciones, tomadas de la *coleccion de viajes* del señor Navarrete, y no hallamos un solo documento que justifique el juicio de Irving acerca de la venida de Colón á Salamanca. Hablando de Fernando, hijo natural de Colón, y analizando su citada *Historia del almirante*, en que tan á menudo se apoya, sobre todo al tratar de las conferencias, dice (1): «Pero su obra mas importante y permanente es la *Historia del almirante* que compuso en español. La tradujo al italiano Alonso de Ulloa: y de esta traduccion italiana, ó mas bien de la version de ella otra vez al español, han procedido las varias ediciones que se han hecho en diferentes idiomas. Es singular que no exista la obra en español, sino en la forma de traduccion de la de Ulloa, y está llena de errores en fechas y distancias y en la traduccion de los nombres propios (2).» Y en esas dos traducciones ¿no han podido alterarse algunos hechos importantes, y ser uno de ellos el que tanto nos ocupa? La *Historia del almirante* en que Irving se apoya ¿será fiel y exacta version de la primera, hecha después al italiano y otra vez al español? ¿Será la misma que nosotros hemos consultado cuando difieren una de otra en hechos tan esenciales como los referidos? Y si la de Irving está llena de errores en fechas, distancias y ortografía de nombres propios, ¿no puede suponerse con fundamento que contenga tambien algunos otros errores mas esenciales, y ser uno de ellos el que estamos impugnando.

No deja de ser muy notable tambien, como hemos dicho en otro lugar, que los historiadores contemporáneos de Colón, que estaban en la corte cuando vino á España, y no solo siguieron á los reyes en aquellas gloriosas jornadas, sino que presenciaron muchos sucesos y escribieron obras sobre el descubrimiento de las Indias, llenas de interesantes pormenores, no digan nada acerca del particular que nos ocupa. Ni Pedro Martir de Anglería en su obra *De orbe novo*, en sus *Décadas* y en su *Opus Epistolarium* (1530), ni Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Crónica de las Indias* (Sevilla 1533.—Salamanca 1547), no confirman la opinion de Irving, y eso que segun el testimonio de este mismo autor, Pedro Martir, al escribir sus *Décadas*, consultábalas con el propio Colón y sus compañeros (3), y era natural que oyese de su boca todo lo mas interesante de lo que precedió al descubrimiento del nuevo mundo. Tampoco hace mencion de esto el ya citado Bernaldez en su *Historia de los Reyes Católicos* (MS. cuando la consultó Irving, impresa ya en Granada en 1856, como hemos dicho), no obstante que utilizó para su obra muchos de los manuscritos y diarios que en su casa le dejó Colón en 1496 (4).

Conforme con Irving en la esencia del hecho que analizamos, William H. Prescott, en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos* (5), tan profusamente ilustrada de eruditas notas, después de referir el desfavorable acuerdo de la junta de Salamanca, concluye de este modo: «... Hubo muchos, sin embargo, en el consejo demasiado ilustrados, para que pudieran adherirse al dictámen de la mayoría, y algunos personajes además de los mas notables de la corte, movidos, etc.» «... Tales fueron, continúa, el gran cardenal Mendoza, cuya vasta capacidad y conocimiento del mundo le elevaron sobre muchas de las mezquinas preocupaciones de su orden, y Deza, arzobispo de Sevilla (6), cuyos superiores talentos, etc.» Es muy singular, por

(1) Tomo 4º, apéndice n.º 3, pág. 149 y 50.

(2) Léase lo que acerca de esta obra decimos en otra nota anterior.

(3) Irving, t. 4º, apéndice n.º 27, pág. 452.

(4) Id. id., n.º 29, pág. 468.

(5) Cap. XVI, pág. 178 y 79.—Madrid, 1855.

(6) No lo era todavía cuando apoyó á Colón.

cierto, que Prescott no apoye en autoridad alguna, ni siquiera en la que su compatriota Irving, la opinion de que el plan del insigne cosmógrafo fué declarado, en la junta de Salamanca, quimérico, impracticable y apoyado en muy débiles fundamentos; y esta notable omision nos causa no poca extrañeza, cuando hechos de mucha menos entidad é importancia procura justificarlos en las notas con respetables copiosos testimonios. Achaque es este de todos los autores que examinamos, al llegar á este punto de nuestra controversia, lo que si otra cosa no probase, convencerían mas y mas de que todos han seguido á Irving en el modo de apreciar la venida de Colón á Salamanca. Pero analicemos ahora otros dos respetables autores con la misma imparcialidad de que estamos dando tantas pruebas.

El célebre Cesar Cantú dice, con relacion á nuestro asunto (1): «... La conferencia tuvo lugar en los dominicos de Salamanca, y asistieron á ella los profesores de ciencias y teología, y aunque no hubo preocupacion que no se declarara en contra de Colón, y aunque él no explicó su pensamiento extensamente por temor de verle de nuevo usurpado, muchos opinaron que era algo mas que un soñador. Pero si no fué reprobado, nada en cambio le valió sostenerle. La guerra de Málaga absorbía, etc.»

(Se continuará.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

BIBLIOGRAFIA:—Con el título de «Manual del Ingeniero, resumen de la mayor parte de los conocimientos elementales y de aplicacion en las profesiones del ingeniero y arquitecto; comprendiendo multitud de tablas, fórmulas y datos prácticos para toda clase de construcciones, y por separado un atlas de 103 grandes láminas grabadas en cobre,» ha escrito don Nicolás Valdés, teniente coronel de ingenieros, y publicado en Paris en casa de M. Dumaine, passage Dauphine, una magnífica obra que está llamando actualmente la atencion del mundo sabio en todas las naciones europeas, y de la cual vamos á dar una idea un tanto detallada á nuestros lectores.

La obra se divide en 10 capítulos y 31 artículos y cuatro interesantes adiciones ó apéndices; comprendiendo el todo la mayor parte de los conocimientos que conciernen á la vasta carrera del ingeniero-constructor, desde los primeros elementos de las matemáticas, hasta las mas recientes aplicaciones de la mecánica, del modo que sigue:

1º Convencido el autor de la necesidad que tienen muchos ingenieros de recurrir á ciertas fórmulas elementales ó expresiones algebraicas para la composicion ó iniciacion de algunos problemas que les recuerden numerosas soluciones difíciles de retener en la memoria, ha consagrado 200 páginas en tres artículos de matemáticas puras, donde se ven con precision y claridad las nociones, fórmulas, datos numéricos y los mas útiles problemas de aritmética, álgebra, secciones cónicas, cálculos diferencial é integral, y las de trigonometría, á mas de las tablas de logaritmos de los números naturales y líneas trigonométricas; conocimiento de instrumentos de topografía y geodesia, y diversas operaciones de las mas usuales de la geometría práctica. El todo forma un compendio de los conocimientos indispensables para el estudio posterior de la mecánica y sus diversas aplicaciones á la construccion en general y á las máquinas de todo género; de tal manera tratado que puede servir á todas las capacidades, ya se propongan recordar ciertos principios ó consultar cuestiones especiales.

2º Este capítulo, consagrado á la exposicion de los conocimientos elementales de mecánica, comprende en 83 páginas las primeras nociones esenciales de esta ciencia, las condiciones de equilibrio, máquinas simples, equilibrio y composicion de fuerzas y la composicion general de las máquinas. Nada existe en las aplicaciones mecánicas que no tenga aquí su fórmula, tablas y ejemplos como fuente principal de donde derivan infinidad de soluciones.

3º El movimiento y conduccion de las aguas es el objeto de este capítulo; cuya doctrina, tratada en 54 páginas, expone las nociones, fórmulas y aplicaciones al movimiento del agua al aire libre y á cubierto, etc. La multitud de ejemplos prácticos y diversos problemas resueltos para canalizar un rio, distribuir aguas en una ciudad, etc., forman el complemento de la exposicion de esta ciencia tan extraordinariamente útil. En este mismo capítulo se halla un resumen de los trabajos del magnífico acueducto Croton y distribucion de aguas en New-York.

4º Trata en tres artículos de las máquinas para elevar el agua, ó producir por su choque ó presion un efecto dinámico, tales como las bombas, ruedas hidráulicas, turbinas, etc. Tambien se contiene en este capítulo la teoría y disposicion práctica de los molinos de viento. En todo ello abundan las fórmulas mas usuales, tablas, ejemplos y comparaciones de suma utilidad.

5º Se divide en cinco artículos, concernientes á las máquinas de vapor, este poderoso agente, que se puede llamar el guia luminoso del progreso humano. El estudio del vapor y diferentes máquinas, órganos que los constituyen y sus resistencias en todos conceptos, forman los dos primeros artículos que resumen numerosas investigaciones hechas por el autor, á que se unen muchos ejemplos que aclaran aun mas la doctrina. Los otros tres artículos tratan del efecto útil, descripcion y aplicacion de las máquinas de vapor á diversas industrias, particularmente al movimiento de los barcos por medio de ruedas ó hélices, y á las locomotoras. En el último artículo se comprende lo que se conoce respecto á las nuevas máqui-

(1) «Historia universal,» lib. XIV, cap. IV, t. 4º, pág. 628, col. 2ª.

nas calóricas. Igualmente que en los demás capítulos, los ejemplos son numerosos.

6º Bajo el nombre de *construcciones* se comprenden en este capítulo de 366 páginas todo lo relativo á la descripción y conocimiento de los materiales de construcción y su resistencia absoluta y relativa; á la arquitectura práctica, á la arquitectura higiénica y á los puentes. Estos artículos se hacen remarcar por la profusión de detalles, útiles noticias sobre materiales, con la exposición de la mayor parte de los que existen en Europa y países tropicales, muchos de ellos clasificados, descritos y experimentados por el autor. La teoría y las mejores fórmulas conocidas de su resistencia en todos los casos, la multitud de ejemplos prácticos, proyectos de obras y descripción de otras consideradas en el mundo científico como modelos en su género, especialmente las que tienen relación á los nuevos sistemas de puentes metálicos; todo esto, que por sí solo mereciera una publicación por separado de suma utilidad, ofrece un conjunto de preciosos datos cuidadosamente recogidos y ordenados por el autor, de tal manera que nada puede escapar al calculador en la mayor parte ó todas las cuestiones que se proponga resolver en esta materia, ya se trate de cualquiera sistema de construcción, de fundación ó cimentación hasta por el vacío ó el aire comprimido, de calefacción, ventilación, etc. En el artículo 6º se ven extensamente tratados los diferentes sistemas de puentes de piedra, madera y hierro, fijos, colgantes, giratorios, militares, etc.

7º y 8º Estos dos capítulos tratan de las carreteras, caminos de hierro y canales. Una vez explicado en todo lo que precede cuanto pueda interesar á la construcción en general, el autor se limita aquí á exponer cuanto se puede considerar como complemento á los conocimientos especiales de canales y caminos, tal que desmontes, terraplenes, pendientes, trazados, perfiles, construcción material y entretenimiento de calzadas y calles, túneles, viaductos, cojinetes, carriles, establecimiento de vías, accesorios, etc., esclusas, distribución de aguas y alimentación de canales, etc. Se habla también en este capítulo de los caminos de hierro atmosféricos, de los transways ó caminos americanos, y del material articulado, que está llamado á producir resultados de inmensa economía, particularmente en países accidentados.

9º, 10º y adiciones. Los capítulos 9º y 10º tratan de los pozos artesianos y de la gnomónica ó cuadrantes solares. Las reglas establecidas y la exposición de doctrinas son dignas de elogio por la claridad y suma de materia tratada.

Las cuatro adiciones con las que se termina el Manual contienen: 1º las reglas que se deben observar para la formación de un presupuesto; 2º la conducción de aguas á Madrid, proyectos y trabajos gigantescos de que puede vanagloriarse España; 3º conducción de aguas á la Habana; y 4º en fin, diversas tablas de pesos-monedas y medidas métricas en las relaciones con las de España.

Como complemento, y á fin de servir á las diversas resoluciones y todas las aseeraciones teóricas y prácticas que se contienen en el texto, se acompaña un magnífico atlas de 103 láminas en folio, en las que para mas claridad y fácil expresión del lenguaje gráfico que ofrecen, se han grabado en muchas de ellas las explicaciones, fórmulas y resultados de los cálculos: siendo, por fin, muchas de las figuras hechas á escala, y teniendo otras además sus cotas correspondientes.

Es pues este Manual un guía práctico y seguro que se puede consultar con provecho en casi todas las cuestiones que ocurren al ingeniero y arquitecto, por comprenderse en las 1047 páginas de que consta, cuantas reglas se puedan desear, determinadas y establecidas segun las diferentes doctrinas de los que pasan por grandes maestros en la ciencia.

Así han hablado favorablemente de este libro, la Academia de ciencias de París, el Instituto de Coimbra y muchos periódicos nacionales y extranjeros.

— APARATO SUBMARINO: — El aparato submarino llamado *lámpara acuática*, que con excelente éxito se ensayó el día 9 en el puerto de Barcelona, se funda en una teoría física muy sencilla, que cualquiera podrá comprender colocando un vaso boca abajo en un líquido. Su inventor el señor Masdeu hizo ya en 1841 y 1851 en la corte varios ensayos, que le valieron una información autorizada del gobierno, con lo que se probó y demostró el resultado práctico de la posibilidad de permanecer largas horas en el agua sin necesidad de comunicarse con la atmósfera. Consta el aparato de un cilindro de unos dos metros de diámetro y de una altura capaz de contener de pie en cada uno de los tres compartimientos las personas necesarias. De estos tres pisos, digámoslo así, el interior está abierto en su fondo, y por él se pueden sacar los objetos del fondo del mar, comunicándose por medio de una válvula con el del centro, que sirve para los operarios de reserva, y este á su vez con el superior por medio de otra válvula. En este se halla el químico, que en la prueba lo fué el mismo autor, el cual proporciona oxígeno para la renovación del aire, y absorbe el gas ácido carbónico que se desprende de la respiración.

Los tres compartimientos tienen cristales por los que penetra la luz. La presión de la atmósfera interior se halla modificada por el sistema de válvulas que hemos dicho, y el aparato baja y sube con suma rapidez aun cuando la profundidad sea considerable. Dice el inventor, que si sobreviniese un accidente, por súbito que fuese, los operarios con solo el juego de las válvulas podrían subir á la superficie sin necesidad de ningún socorro exterior. Puede alumbrarse, añade, con la intensidad de luz artificial que se quiera. El aparato que como queda dicho es *cilíndrico* para que tenga mayor fuerza, pesa unos 159 quintales.

Al momento de introducirse en él el señor Masdeu con los operarios, se arrojó al fondo del mar, junto á la machina, un canuto de hoja de lata con el diploma ó real cédula de privilegio, y al cabo de poco rato ya lo habían recogido los operarios que había en el interior del aparato. Sin embargo, contando el tiempo que se empleó en bajar al fondo y subir otra vez á flor de agua, puede calcularse que el inventor permaneció encerrado muy cerca de una hora, subiendo al cabo de

dicho tiempo á entregar el canuto al Excmo. señor gobernador civil que se hallaba presente, junto con el Excmo. señor capitán general, señor comandante de marina, señor capitán del puerto, señor rector de la universidad, señor jefe de la sección de Fomento, señor secretario de la diputación provincial, y otras personas invitadas, que felicitaron al señor Masdeu por el buen éxito de la prueba, que autorizó el escribano del gobierno civil. El señor Masdeu trata de hacer otra prueba ante SS. MM. el día que visiten las obras del puerto.

— REMEDIO CONTRA EL ENVENENAMIENTO POR EL FOSFORO: — De todos los medios propuestos hasta ahora para combatir el envenenamiento con el fósforo, caso muy frecuente desde la universal adopción de las cerillas fosfóricas, la magnesia calcinada parece ser el mas eficaz. Hé aquí, en efecto, lo que se ha demostrado en virtud de repetidos experimentos hechos por dos médicos italianos con el fin de buscar los mejores remedios para combatir tan terrible mal. 1º En el envenenamiento por el fósforo ó por las sustancias que contiene este metaloide es preciso sobre todo evitar el empleo de materias crasas, que lejos de oponerse á la acción del fósforo sobre los órganos, aumentan al contrario su energía y facilitan su propagación por la economía: por lo tanto no debe propinarse aceite ni aun leche. 2º El empleo de la *magnesia calcinada en suspensión en agua hirviendo*, y administrada en gran cantidad, es el mejor contraveneno, y al mismo tiempo el purgante mas eficaz para facilitar la eliminación del agente tóxico. 3º En el caso de envenenamiento por el fósforo, en que ocurre una dificultad en la orina, es de evidente utilidad el empleo del acetato de potasa: pueden administrarse dos ó tres cucharadas por día en un litro de agua. 4º Todas las bebidas mucilaginosas de que el enfermo haga uso deben estar preparadas con agua hervida, á fin de que contengan la menor cantidad posible de aire.

— CALCULO CURIOSO: — Es verdaderamente prodigiosa la cantidad de agua que desemboca incesantemente en el mar. Hase calculado que salian cada minuto 80,000 piés cúbicos de agua del Támesis en Teddington. El Ganges, que recibe en su curso de 1,685 millas las ofrendas de 11 tributarios, de los que algunos son mas caudalosos que el Rhin y ninguno menos que el Támesis, lleva á la mar una cantidad de agua incalculable. El Nilo arroja en el mar una cantidad 250 veces mayor que el Támesis, y no obstante debe tenerse en cuenta que es un rio que no tiene tributarios. Cuando se remonta el curso del Nilo hasta 800 millas, se espera ver á este rio, á semejanza del Rhin, estrechar sus riberas hasta el punto de aparecer como un pequeño arroyo saliendo de una montaña; pero sucede lo contrario, pues se ensancha hasta el extremo de que, cual observa Canon Stanley, se presenta á la vista un rio majestuoso como un mar y tranquilo como un lago. La circunstancia notable de que la época de la crecida anual no varia hace siglos, debe corresponder con la época de las lluvias ó de la liquidación de las nieves de montañas no descubiertas todavía. Tendráse una idea de la enorme cantidad de agua que los rios llevan á la mar haciendo constar que el Ródano recoge el agua de 7,000 millas cuadradas de terreno; el Rhin, en una longitud de 600 millas, la de una superficie dos veces mayor; el Danubio la de una superficie de 53,000 millas cuadradas; el San Lorenzo la de una extensión de 300,000, y el Mississipi la de una superficie de 1,000,000 de millas cuadradas; este rio tiene 3,560 millas de longitud. Cálculanse en 1,800,000,000 de toneladas de agua las que el mar Mediterráneo recibe diariamente de los rios y demás corrientes de agua.

La duquesa de Alba.

El domingo 16 de setiembre ha fallecido en París la señora duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, víctima de la terrible y cruel enfermedad que padecía hace tiempo. El distinguido escritor que se oculta con el seudónimo de Pedro Fernandez, dedica á la ilustre difunta el siguiente artículo necrológico:

Nadie seguramente en Madrid sabrá con indiferencia esta triste nueva, porque la duquesa de Alba tenia el privilegio de ser simpática para cuantos la conocian; lo mismo para sus amigos, que la idolatraban, que para los extraños, que admiraban su noble porte, su gracia y su buen gusto.

Aunque la suerte no la hubiese asignado el alto puesto que ocupaba en el mundo, ella habria conseguido siempre llamar la atención; porque hay mujeres que en las clases humildes nacen princesas, como otras en las mas ilustres nacen verduleras. Así ella habia nacido duquesa, y poseía cuanto se necesita para brillar en primera línea en todas partes; así ella no necesitó que su hermana se sentase en el trono de Francia para obtener brillantes triunfos en la corte del vecino imperio. El cielo la habia prodigado todos sus dones, y sin duda al decretar que su existencia fuese breve, habia querido en cambio hacerla feliz, brillante, fastuosa. Nada le faltaba: ni una belleza seductora, ni una elegancia suprema, ni un nombre esclarecido, ni un talento cultivado, ni en fin, una fortuna considerable.

Doña María Francisca de Sales Portocarrero y Kirk-Patrick vió la luz del día en Granada el año de 1825, siendo hija primogénita del esforzado conde de Teba, despues de Montijo y de Miranda, heredando por muerte de su padre además de estos títulos, los de duquesa de Peñaranda, marquesa de la Algaba, de la Bañeza, de Barcarrota, de Mirallo, de Valdunquillo, de Valderábano, de Villanueva del Fresno; condesa de Casarubios del Monte, de Fuentesueña, de San Esteban de Gormaz; y de vizcondesa de Palacios de la Balduerna. — En 1843 contrajo matrimonio con el señor don Santiago Fitz James, duque de Berwich, de Alba de Tormes, de Liria, de Montoro, de Olivares, etc., etc., y de este modo pues se habían unido dos de las casas mas ilustres y

poderosas de nuestro país, acumulando multitud de grandezas de España y riquezas inmensas.

Desde el momento de su matrimonio ocupó la joven duquesa de Alba el puesto que ha conservado hasta su muerte al frente de la alta sociedad de Madrid, de la que era verdaderamente reina. La moda, inconstante y voluble con otras, habia sido fiel y consecuente para ella, no arrancando de sus manos el cetro que la entregara en edad temprana. Así, aunque todos los días y en todas partes se la veía, su presencia causaba siempre sensación. — Al divisar alguno de sus carruajes en la Fuente Castellana, la gente volvía la cabeza para estudiarlos y ensalzarlos; luego, cuando segun su costumbre se apeaba para dar algunas vueltas por aquel su paseo favorito, todo el mundo, las mujeres como los hombres, examinaban, quién con atención, quién con envidia, quién con curiosidad, aquella colección de trajes mas lindos los unos que los otros, todos igualmente elegantes, y en los que el lujo y el buen gusto campeaban unidos. Nadie, aun las personas de mejor memoria, recuerda haber visto ponerse dos veces el mismo vestido á la ilustre difunta; su guarda-ropa era pues un inmenso museo, cada día enriquecido con las considerables remesas que las primeras modistas de París tenian encargo de hacerle cada quince días.

Por la noche, cuando la duquesa entraba en su palco del Teatro Real, siempre con una *toilette* mas fresca, mas ideal, mas vaporosa que la de la víspera, volvía á notarse el mismo movimiento que su presencia habia producido por la tarde. Las señoras se inclinaban fuera de sus respectivos asientos para contemplar, para estudiar aquellos soberbios y preciosos atavíos, exclamando á coro:

— ¡Qué bien vestida viene!

Mientras los hombres, asestandola sus anteojos, repetían con no menos unanimidad:

— ¡Qué bella viene hoy!

Y esta era la exclamación de cada noche.

Cuando ella no asistía á una fiesta ó á un baile, todos decían:

— Ha estado magnífica, brillante... pero faltaba la duquesa de Alba.

Por el contrario, cuando aparecía en un salon, sus amigos corrían á saludarla y á rodearla, formando un compacto grupo en torno suyo, que se llamaba su corte; mientras la multitud desfilaba por delante examinándola, analizándola, desesperándose algunas de no encontrar nada que criticar, ni en su figura ni en sus galas.

— ¿Ha visto Vd. á la duquesa de Alba? — Hé aquí la pregunta inevitable que despues se dirigian unos á otros.

Hace dos años que los enemigos ocultos de la malograda joven comenzaron á propalar que su belleza decaya, que su delicado y trasparente cutis se marchitaba. ¡Ay! solo un enemigo, con su instinto cruel y sus ojos de lince, pudo adivinar el principio de la horrible dolencia que debia conducirla tan pronto al sepulcro; para sus amigos y para los indiferentes, la duquesa conservaba todos sus encantos y todos sus atractivos. — Y como su amabilidad y su agradable humor no se alteraban, como proseguía su existencia de siempre, concurrendo á los paseos, á los teatros y á los bailes, nadie creía lo que algunos pocos afirmaban. — Precisamente aquello aceleró los progresos de la enfermedad y la agravó singularmente. La duquesa de Alba hubiera debido buscar su curación en el reposo y en una vida tranquila y sedentaria; pero desoyó las saludables advertencias de sus médicos, los señores Seoane y Viñals, y no se resignó á observar sus prescripciones hasta fines del invierno anterior.

Entonces era ya tarde! El mal habia tomado grande incremento y adquirido proporciones colosales, tanto que justamente alarmada la emperatriz Eugenia á últimos de la primavera, quiso que su hermana fuese á París á ser asistida por los primeros facultativos de aquella capital. — En efecto, á mitad de junio llegó un vapor imperial á las aguas de Alicante con orden de ponerse á las órdenes de la duquesa de Alba y de conducirla á Francia cuando su estado lo permitiese. La pobre enferma, que en sus horas de desaliento exclamaba que queria espirar en su patria, — vencida al fin por tantas y tan cariñosas súplicas, se decidió á marchar acompañada de su esposo, de sus hijos, de su madre y del doctor Viñals, del cual insistió en no separarse porque tenia en él plenísima confianza. Aprovechando en los postreros días de junio uno en que se notaba algun alivio, emprendió al cabo la marcha. — Era una tarde suave, apacible, serena: la duquesa se vistió de viaje con su exquisito gusto y su elegancia de siempre, mandó poner su carretela y se hizo conducir á la Fuente Castellana, á decir adiós á aquellos sitios queridos, á aquellas verdes enamadas, á despedirse de toda la sociedad madrileña en el momento reunida allí. Nunca habia parecido mas interesante el rostro de la joven; la enfermedad y la melancolía le habían prestado una expresión de incomparable dulzura, y su sonrisa benévola revelaba una honda tristeza. Al verla pasar tan diferente de lo que habia sido antes, pálida, demacrada abatida, todo el mundo la saludaba con ternura y con emoción, adivinando que aquella era una despedida eterna.

Instalada en París, rodeada de su familia y de los médicos mas notables, hubo algunos momentos de confianza: su madre, la condesa del Montijo, penetrada de júbilo escribía á sus parientes y amigos de Madrid, que las esperanzas iban en aumento; la emperatriz misma sentía abrirse su corazón á tan gratas ideas; la única

que no se hacia ilusiones era la doliente.

En el fondo del espléndido palacio de los Campos Eliseos que lleva su nombre, y en el que poco há se daba un baile tan espléndido, se rodeaba de libros piadosos, de sacerdotes ilustrados, buscando en la religion el único consuelo para su alma afligida y atribulada. Y á pesar de que iba á abandonar la tierra, sus tiernos hijos, su anciana madre, su amante esposo, su cariñosa hermana, ella, inspirándose en saludables lecturas, escuchando la voz y las exhortaciones de los ministros del Altísimo, sentia renacer su fortaleza y su valor.

Alguna vez un rayo de esperanza la animaba, y entonces encargaba nuevos trajes y nuevas joyas que pensaba lucir en los saraos del próximo invierno.

¡El próximo invierno ella asistirá á otras fiestas mejores; ella oirá los conciertos de los alados serafines y de los ángeles incorpóreos; ella comparará los vanos y fugitivos placeres mundanos con los goces puros y eternos de la mansion del Señor! Si la duquesa de Alba solo era conocida bajo su aspecto de gran señora y de mujer á la moda, era porque ella, que amaba tanto la ostentacion y el lujo, para practicar las virtudes, para hacer el bien, gustaba no menos del silencio y de la soledad. — Algunas, muchas mañanas, pocas horas despues de haber resonado en el palacio de Liria el rumor del carruaje que la traia desde el baile en que habia pasado la noche, salia de allí una dama modesta y sencillamente vestida de negro, oculto el rostro entre los pliegues de un espeso velo; la desconocida recorria las calles solitarias, subia á las empinadas guardillas, visitaba los mas po-



LA DUQUESA DE ALBA.

bres albergues, aliviando, socorriendo las enfermedades y los infortunios de la humanidad... Ninguno de aquellos infelices sabia el nombre de la benéfica persona que les visitaba; todos, empero, la llenaban de bendiciones. Y entonces se confundian las lágrimas de los unos con las de la otra, que gozaba la mas inefable de las satisfacciones.

Esa mujer que se recataba para hacer el bien, ya lo habrán comprendido los lectores, era la ilustre, la bella, la elegante duquesa de Alba, probando así que si su corazon era generoso, no queria hacer ostentacion de su caridad ni de su filantropía.

Compadezcamos pues, no á la que ha muerto, y á quien Dios habrá concedido su justo galardón; compadezcamos á los que deja solos y abandonados en el mundo, y que llorarán amargamente tan irreparable pérdida. — En cuanto á ella, la Providencia le ha otorgado el último de sus favores arrebatándola de nuestro lado en todo el esplendor de su juventud y de su belleza, para que solo quede el recuerdo de estas con la memoria de sus virtudes y de sus obras meritorias.

PEBRO FERNANDEZ.

El príncipe San Cataldo.

El príncipe de San Cataldo que representa en Francia al general Garibaldi, es joven todavía, aunque ya tomó parte en el gran movimiento siciliano de 1848 y 49, en calidad de miembro del consejo municipal de

Palermo. Pertenece á una de las familias mas nobles y mas antiguas de la Sicilia. Rico y casado con una mujer polaca de elevada alcurnia, cuya belleza ha llamado la atencion en un pais donde casi todas las mujeres son hermosas, el príncipe San Cataldo despues de la caída del gobierno presidido por el almirante Ruggiero-Settimo, se apartó del mundo oficial napolitano, limitándose á ejercer con la alta sociedad palermitana y extranjera una hospitalidad cuya ostentosa delicadeza ha sido celebrada frecuentemente. Aun se citan las curiosas funciones dramáticas cuya moda introdujo en Sicilia. El príncipe era al mismo tiempo director, librettista y primer actor de una compañía ilustre franco-italiana, que contaba entre sus actores *di Cartello* el príncipe de Torremuzza y su señora; el marqués de Riso y la marquesa, sobrina de madama Tallien, princesa de Chimay; el príncipe Belmont, etc. Al primer llamamiento del dictador, el príncipe de San Cataldo aceptó la delicada mision de representar en Francia al gobierno siciliano. El príncipe conoce la capital; ha estudiado en el colegio de Vendome, y ha vivido en Paris en distintas ocasiones. Se ha hablado mucho del valor y la firmeza que demostraron en Palermo cuando el bombardeo el príncipe y su señora; no quisieron separarse de sus conciudadanos, y su palacio se convirtió en un hospital. Inútil es añadir que el príncipe no cobra nada por su embajada.

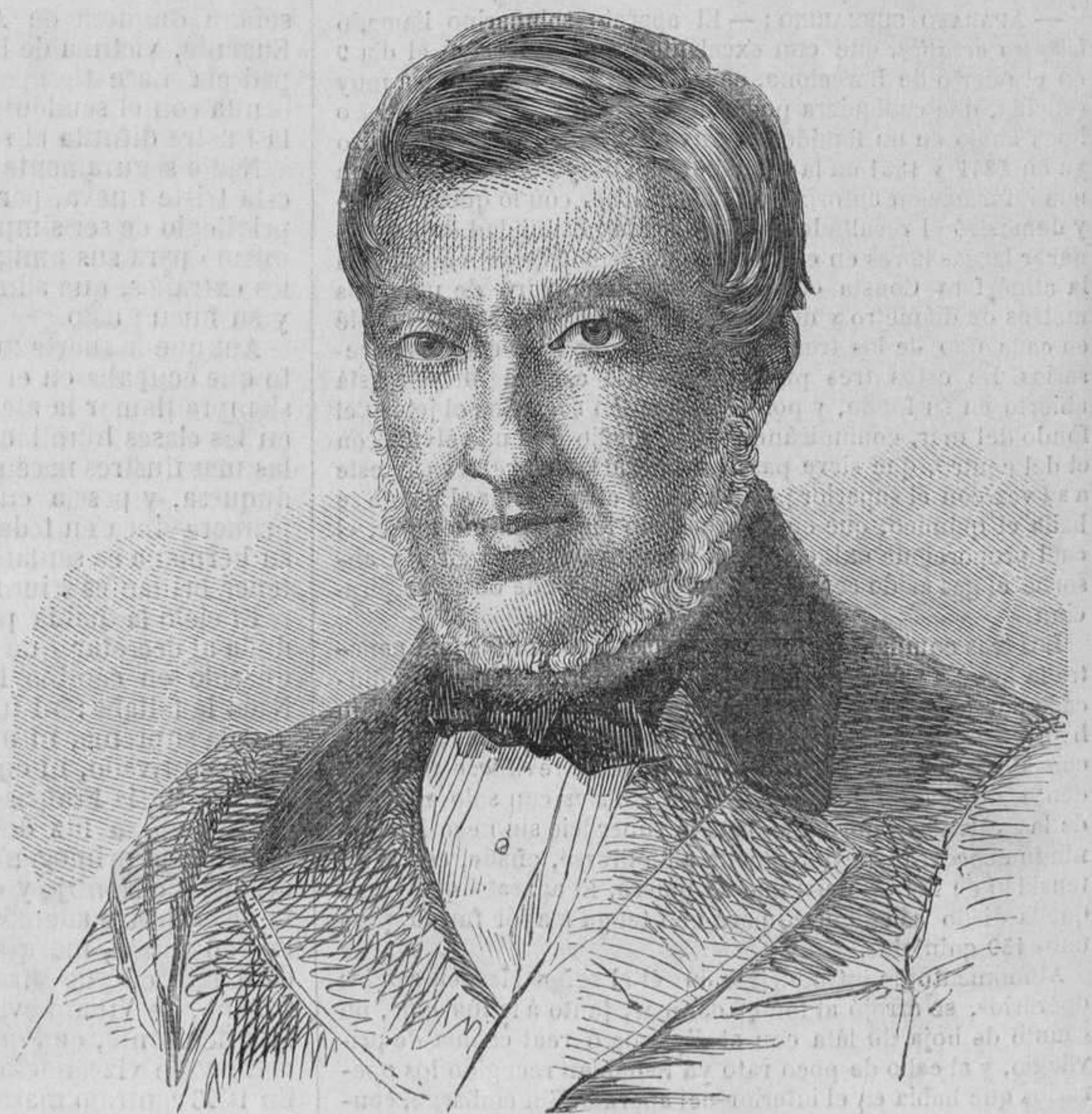
D. O.

Liborio Romano.

El señor Liborio Romano cuyo retrato damos en esta página, formaba parte en calidad de ministro, del gabinete constitucional napolitano que proclamó la constitucion otorgada por el rey Francisco II. Posteriormente cuando la entrada de Garibaldi, quedó de presidente del consejo nombrado por el dictador; pero este segundo período del señor Romano en el gobierno de Nápoles ha durado poco, habiendo presentado su dimision á consecuencia de desavenencias con Bertani. El señor Liborio Romano es un hombre muy conocido en Italia por sus ideas liberales.



EL PRINCIPE SAN CATALDO.



LIBORIO ROMANO, EX-MINISTRO DE NAPOLES.